

# LAS MISIONES CATÓLICAS



## Precios de subscripción

ESPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas.  
EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.

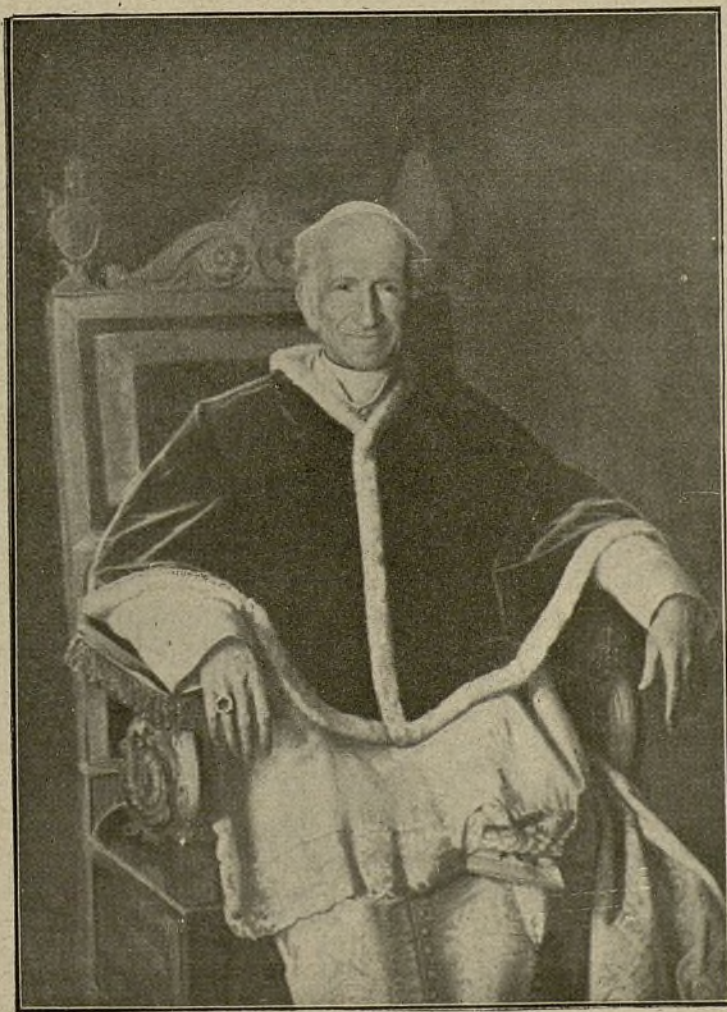
## Se publica el 15 de cada mes

Año X.—Sábado, 15 Marzo 1902.—N.º 183

## Advertencias

No se admite subscripción por menos de un semestre.  
El pago puede hacerse en libranza, letra ó sellos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona



DOMINUS CONSERVET EUM



3 de Marzo de 1878



3 de Marzo de 1902

# JUBILEO PONTIFICIO

DE

## S. S. EL PAPA LEÓN XIII

### GLORIOSAMENTE REINANTE

El próximo pasado 3 de Marzo en la gigantesca basílica de San Pedro, á la potente voz de las seiscientas campanas de Roma, á las majestuosas notas del *Te Deum* de Palestrina, al estrépito de las trompetas tocadas sobre la tumba de los Apóstoles santos, á las aclamaciones entusiastas de setenta mil fieles, León XIII celebró el vigésimoquinto aniversario de su elevación al solio pontificio.

Cuando en aquella escena maravillosa, única en el mundo, apareció el augusto Anciano todo blanco, cual soñada visión, los cantores de la capilla Sixtina resumieron las felicitaciones sin cuento que salían de lo más íntimo del corazón de aquella muchedumbre creyente y entusiasta, resumieron la majestuosa fiesta y cuanto la fiesta significaba repitiendo la eterna promesa: *Tu es Petrus!* Y en torno del Soberano sin ejército ni Estado, se congregaban respetuosos los delegados de todos los príncipes de Europa, sin distinción de creencias, y aclamaban al gran Pontífice que celebraba las bodas de plata de su pontificado.

A este universal concierto de veneración y amor la *Obra de la Propagación de la Fe* tiene el derecho y el deber de unir su humilde nota de filial amor. Como San Pablo, cuyo título más glorioso era el haber sido auxiliar de Cristo, ¿no ha sido ella el instrumento providencial que ha cooperado á la realización de los múltiples y grandiosos proyectos prez de este largo y glorioso Pontificado?

Voces más autorizadas que la nuestra celebrarán la inteligencia maravillosa del Papa, que ha hablado al mundo en latín digno de Cicerón y no se ha desdeñado de pulsar la lira de Virgilio; otras recordarán las magníficas Encíclicas que derraman torrentes de luz á través de aquel inmenso bosque de los dogmas, de que habla Tertuliano, que tratan estudiándolas á fondo las más trascendentales cuestiones de nuestros agitados tiempos, siempre con aquella prudencia, aquella sabiduría, y espíritu de amor y concordia reconocido y elogiado por todos sus adversarios.

Nuestro deber es saludar al Pontífice que, por medio de numerosos llamamientos á la caridad del mundo católico, nos ha proporcionado los recur-

sos indispensables para el mantenimiento y desarrollo de tantas obras cuyo único fin es la propagación del Evangelio. Y nuestra alegría es recordar el gigantesco trabajo realizado por los misioneros en el decurso de este reinado de veinticinco años, en toda la redondez de la tierra y en especial en Oriente, tierra venerable entre todas, largo tiempo adormecida por el cisma y objeto de la predilección de León XIII. Al hacerlo constar así interpretamos la gratitud de todos los directores de Misión y de todos los misioneros que han tenido la dicha de besar el pie á Su Santidad. ¿Quién de entre ellos no sintió conmoverse el corazón al ver el interés con que León XIII les preguntaba y escuchaba sus relatos? ¡El, el Doctor de los Doctores, el Pontífice universal, quiere conocer hasta los menores detalles, hasta el más mínimo pormenor de cada Misión!

La contundente elocuencia de los números prueba que desde San Pedro, nunca durante pontificado alguno la jerarquía católica aumentó en proporción tan consoladora como lo ha hecho en el decurso del actual: se han creado dos patriarcados y trece arzobispados; veinte Sedes episcopales han sido elevadas á arzobispales; y se han fundado tres delegaciones apostólicas, ciento nueve obispados, setenta y cinco vicariatos apostólicos y treinta y cinco prefecturas apostólicas.

Este es el pasado, el glorioso pasado; nosotros, la *Obra de la Propagación de la Fe*, anhela para nuestro Padre un porvenir aún más grande, aún más fecundo en inmarcesibles glorias, y para felicitarle más dignamente séanos permitido repetir las palabras del elocuente Prelado de Orleans:

«Dígnese el Señor conservar largo tiempo á nuestra filial veneración el gran León XIII. ¿Que sus años se multipliquen, que su pontificado alcance los años del pontificado de San Pedro, y que sea sino feliz—pues es quizá pedir demasiado en los tiempos que corremos,—al menos consolado por la reverencia y fidelidad, las oraciones y el amor de que su familia, la inmensa familia católica, se mostrará pródiga en el discurso de las solemnidades jubilares.»



## SUMARIO

**Texto.**—JUBILEO PONTIFICIO DE SU SANTIDAD EL PAPA LEÓN XIII GLORIOSAMENTE REINANTE.—CORRESPONDENCIA: Fidji (Oceanía); Nagasaki (Japón); Archipiélago Gilbert (Oceanía).—COLOMBIA: Hechos de la revolución.—TRABAJOS DE LOS MISIONEROS AGUSTINOS ESPAÑOLES EN IQUITOS (PERÚ).—DIEZ AÑOS EN EL ALTO TONKÍN (continuación).—UN CELOSO MISIONERO, SABIO EMINENTE Y GRAN PATRIOTA (continuación).—POR EL MUNDO.—EXPERIENCIAS DE UN MISIONERO.—SUBSCRIPCIÓN EN FAVOR DE LA «OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE.»—¡SIGÁMOSE! cap. III, novela por Enrique Sienkiewicz.

**Grabados.**—*Dominus conservet eum.*—TONKÍN: De viaje por bosques y matorrales.—Fortín y trincheras á orillas del río Rojo.—Bosque de palmeras «lataneras.»—...Y al peso del ginete y del caballo el puente se rompía y...—Pagoda de Bac Trien.—CHINA: Residencia de Religiosas y colegio de niñas católicas.—Ilustraciones de la novela ¡Sigámo!.

CON LICENCIA ECLESIASTICA

## CORRESPONDENCIA

## FIDJI (OCEANIA)

*El Jubileo.—Necesidades de la Misión*

CARTA DEL ILMO. VIDAL, MARISTA, VICARIO APOSTÓLICO DE LAS ISLAS FIDJI

La carta que hoy recibís es si no salida del otro mundo poco falta. No afirmaré que mi curación sea un milagro, pero sí que es extraordinaria: ¿cómo comprenderéis que haya podido vivir seis meses sufriendo terrible disentería, sin médico, sin medicinas, sin fijar el pie en tierra firme, siempre en el interior de pequeña embarcación, cáscara de nuez juguete de las olas? Y á pesar de estos pesares sigo viviendo.

Y estoy lo suficiente restablecido para continuar mis trabajos sin volver á Europa, como me ordenaba el médico. No sabía resolverme á obedecerle, pues anhelaba y anhelo morir con las armas en la mano, y no durante largas travesías emprendidas en busca de salud material. El médico con que hoy contamos y que cuida mi salud, me permite volver paulatinamente á mis antiguas ocupaciones. Resulta, pues, que Dios aún no me quiere en su compañía, y que treinta años de Misión no han sido suficientes para prepararme un rincón en el cielo. A trabajar, pues, y á trabajar incansable y con empeño siempre nuevo.

Las pocas palabras de hoy serán sólo testimonio de mi gratitud á los asociados á la *Obra de la Propagación de la Fe*.

No quiero que marche el correo sin llevar á Europa aunque sólo sean cuatro palabras de la solemnidad con que hemos celebrado el Jubileo del Año Santo. Mis queridos misioneros me envían desde todos los distritos noticias las más consoladoras: las conversiones han sido numerosas é importantes. Catequistas y misionero han trabajado con empeño y abnegación admirables; su celo se ha multiplicado: hay quien ha predicado seis

veces al día, llegando cuatro de mis incansables auxiliares á quedarse días enteros sin voz, lo cual me obligó á escribir á todos encargándoles moderaran su ardiente sed de conquistar almas. Cuando no podían predicar enseñaban el Catecismo en imágenes, ó hacían cantar á los niños ó dirigían el rezo de piadoso *Via Crucis*.

A nuestra hermosa aunque pequeña catedral, cuyos trabajos están próximos á terminar, debemos en parte el éxito del apostolado, pues rarísima es la persona que no haya contribuido con su óbolo á la construcción del por todos llamado *gran monumento* de Fidji. ¡Que el Señor se digne premiar con la gracia de la conversión á los protestantes y paganos que han sumado su auxilio al de los católicos para llevar á feliz término tan hermosa obra.

El colegio de los Jefes de San Juan de Cawaci, ha contribuido también mucho á aplacar el orgullo de las sectas heréticas y á disminuir la saña que sentían contra nuestra sacrosanta Religión. En un principio despreciaban el Catolicismo porque no contábamos entre los fieles ningún individuo de las castas reales ó de príncipes. A partir de la fundación de este colegio, que se inauguró con cinco alumnos y en la actualidad cuenta más de sesenta, no sólo han cesado los desprecios, sino que todos nos miran con envidia. Y es que los protestantes, á pesar de sus esfuerzos, no han podido fundar una escuela superior en la cual los hijos de los jefes aprenden las lenguas europeas, geografía y aritmética. Los exámenes de cada curso son un nuevo triunfo para mi querido colegio.

Desgraciadamente un ciclón ha destruido las plantaciones tan necesarias para el sostenimiento de los alumnos, y parte de la techumbre de la capilla recién construida. Hemos emprendido la restauración de las ruinas, pero para terminar los trabajos precisan á lo menos seis meses y unos *diez mil francos*.

Os pido que os acordéis de esta Misión que hoy es una de las más necesitadas, y que será siempre de las más pobres, pues carece en absoluto de recursos locales, porque los negros no pueden hacer en favor nuestro lo que otras naciones pueden hacer en favor de sus misioneros.

Entre los negros de Oceanía no hallaremos nunca telas con que vestirnos ó vestir á nuestros alumnos (en toda Oceanía no hay una fábrica), ni dinero para ayudar á nuestras obras, pues hasta la fecha ni un solo rey ó reyezuelo indígena ha acuñado moneda. La moneda de estas islas son dientes de perros, peces ó cerdos salvajes, y dudo, y creo que mi duda es fundada, que un solo comerciante inglés, francés ó alemán quiera vendernos algo útil á cambio de esa moneda.



## NAGASAKI (JAPÓN)

*Necesidades de la Misión de Saga*

CARTA DEL ILMO. COUSIN, DE LAS MISIONES EXTRANJERAS  
DE PARÍS, OBISPO DE NAGASAKI

Saga, ciudad de 20,000 habitantes, es la capital de la provincia que lleva su nombre. Quince años hace que se iniciaron los trabajos para catolizar la ciudad y sus alrededores. El último censo ó recuento dió un total de 216 católicos en Saga y su provincia, y los bautizados durante el pasado año sumaron 38, entre los que se contaban 35 adultos.

En esta como en todas los principios fueron dificultosos. La Misión no contaba con los recursos precisos para comprar un terreno y una casa donde poder vivir tranquilamente: se alquilaba la que se podía, y apenas instalados en ella el propietario nos obligaba á marcharnos diciéndonos que se le habían presentado inquilinos que le ofrecían mejores condiciones. Estos cambios continuos cansaban á los catequistas y desalentaban al misionero.

Al fin Dios nos permitió comprar un terreno relativamente grande, en el que había una casa donde provisionalmente podíamos hospedarnos. Cubierta de rastrojo, tenía, como todas las casas ó chozas japonesas, los tabiques de cartón y en las ventanas papeles en vez de vidrios. Contábamos con una sala donde recibir visitas y dar clase, y otra destinada á capilla.

La casa era tan vieja que cuantos inteligentes la visitaron me dijeron que no valía la pena de gastar un céntimo en reparaciones. Continuó, pues, la casa en pie, y á pesar de ser tan vieja otras muchas Misiones la envidiaban. Y á Saga la creíamos provista de casa Misión para largo tiempo.

Un incendio ha destruido nuestra morada. Hoy que no nos queda más que un montón de escombros, la cuestión varía de aspecto. En el Japón la opinión pública no permite que el propietario víctima de incendio tarde largo plazo en reedificar. El no hacerlo equivale á declararse sin recursos, y lleva consigo la pérdida del crédito. Y desgraciadamente sin recursos estamos, pero no podemos en manera alguna sufrir las indicadas consecuencias.

Si el Padre director de la Misión fuese un europeo le diría sin titubear: «De sobras conocéis la actual carencia de recursos; la Misión no puede ayudarnos... Acaso contéis con algunos recursos personales: por amor de Dios, haced el sacrificio; si tenéis amigos, escribidles nuestros apuros.» Pero el sacerdote director es un japonés que no posee otra cosa que su excelente voluntad, y que puede menos si cabe que nosotros, sufrir las consecuencias del *qué dirán* sus compatriotas.

Inútil sería, pues, aconsejarle paciencia y que alquilase una casa, después de ser público y notorio que tan largo tiempo ha sido propietario. Retirar el sacerdote y suprimir temporalmente la Misión sería echar á perder el trabajo de quince años y desalentar, quizás para siempre, los neófitos, que pronto olvidarían el camino de la iglesia, camino que sólo á fuerza de sudo-

res pudo acostumbrárseles á frecuentar. Si no volvían al Budhismo correrían grave peligro de caer en manos de los protestantes, quienes están establecidos á corta distancia, y cuentan con medios pecuniarios tan abundantes que brindan anticipos á los que abrazan sus doctrinas.

Precisa, pues, reedificar inmediatamente una residencia á lo menos semejante á la que acabamos de perder: y para cubrir gastos necesitamos siete ú ocho mil francos. Yo no los tengo y mucho menos el buen P. Laurencio Hirayama, á quien en la actualidad no le queda ni una piedra donde reclinar la cabeza.

¡Para los cristianos de Saga, una limosna por amor de Dios!

## ARCHIPIÉLAGO GILBERT (OCEANIA)

MISIÓN DE SAN JOSÉ

*Un Mártir gilbertino*

CARTA DEL R. P. LEBEAU, MISIONERO DEL SAGRADO  
CORAZÓN DE JESÚS (ISSOUDUN)

«Os llevarán ante los tribunales, os flajelarán en sus sinagogas y seréis conducidos en presencia de los gobernadores por mi causa... El padre librará á su hijo de la muerte... Los hijos se levantarán contra sus padres...» Estas palabras pronunciadas por los divinos labios de Jesucristo, describen la historia de los Mártires de la Iglesia, desde la de los primeros hasta la que voy á contaros de un niño negrito... Este relato dará á conocer en cuán grande estima debe tenerse el precioso dón de la fe, y ganará simpatías para nuestras queridas islas Gilbert, cuyos naturales son víctimas de las más crueles y espantosas persecuciones.

Juan, natural de la isla Maiana, en el archipiélago Gilbert (Oceanía), es un niño de 11 á 12 años. Desde su infancia estuvo confiado al cuidado de un negro, ministro protestante de Maiana. Siguiendo la costumbre de aquellas comarcas, fué adoptado como hijo por el ministro. Cuatro ó cinco años habían transcurrido de su entrevista con el Rdo. P. Eduardo Bontemps (de santa memoria): aquella fué la primera vez que vió á un misionero católico, y le impresionó tanto que desde entonces gustaba de hablar con sus compañeros de esta Religión tan vilipendiada por los protestantes, quienes decían sería un día implantada en estas islas. Y Juan á pesar de ser muy pequeño solía repetir: «Cuando vengán los misioneros católicos, yo me haré católico.»

Sus compañeros pensaban y deseaban lo que él, y cada uno hacía la apología de nuestra Religión sin conocerla.

Un día supo el ministro lo que tenían resuelto, y empuñando descomunal garrote les apaleó sin compasión. Y esto sólo era empezar. Otra vez uno de nuestros Padres quedó detenido en *Tepianué*, donde se hallaba Juan: los niños que iban á la escuela protestante dejaron de asistir, y fueron á ver al Padre, efecto quizás de simpatía ó de curiosidad infantil. Cara pagaron su simpatía ó curiosidad: á la vuelta fueron atados uno por uno á un cocotero, y allí castigados á bastonazo limpio.



En Marzo de 1900 estábamos en Maiana por orden del ilustrísimo Leray, vicario apostólico. Deseando arrebatarse esta isla al Protestantismo, visitamos las aldeas de la región principal, donde bauticé en las cabañas á los recién nacidos. Entre la multitud de niños que nos seguía vi á uno de aspecto vivo é inteligente; dirigiéndome á los niños les pregunté:

—¿Quién es aquél?

Y todos me respondieron á una voz:

—Es el hijo adoptivo del ministro protestante.

No me ocurrió decirle nada, y continuamos visitando cabañas.

Al día siguiente hubo gran agitación entre los protestantes. Juan había huido con dos de sus compañeros, y vinieron á decirnos que querían ser católicos.

Los padres de Juan, ricos indígenas, nos visitaron, y querían á viva fuerza hacer desistir al niño de tan santa resolución (venían sobornados por el ministro protestante). Juan rehusó categóricamente, y declaró que á pesar de los pesares quería ser católico.

Pasó el día, y á la mañana del siguiente sus padres le sorprendieron y de un golpe le tiraron por tierra y pisotearon. Consigue escaparse, y nos declaró que las violencias no le impedirían ser católico. A la tarde el padre le vino á buscar, resuelto á llevársele aunque fuese arrastrando, y entregarle á los protestantes nuestros vecinos. El niño protestó enérgicamente que sería católico. Su padre pretendía que le despidiese de la residencia: le respondí que, pues quería hacerse católico, mi conciencia me impedía despedirle; que los derechos de los padres sobre los hijos están limitados por los derechos de Dios, y que la absoluta voluntad de Dios es que cada uno le sirva, si quiere llegar á la salvación, en la Iglesia católica, apostólica y romana. Por lo tanto, es para nuestro Juan un derecho y un deber el seguir las inspiraciones de la gracia, y querer abrazar el Catolicismo á pesar de la oposición de sus padres. Y el padre se marchó refunfuñando.

Algunas horas después estaba vigilando la construcción de la cabaña cuando me sorprendieron gritos y amargo llanto. Era que *Ten Kataga*, padre del niño, había logrado cogerle y se esforzaba en llevarle á la choza de los protestantes, y como oponía tenaz resistencia le pegaba moliéndole á golpes. Le quitó la medalla y la tiró por tierra, y al llegar delante de la choza albergue del ministro protestante, de un fuerte empujón hizo rodar su hijo por los suelos, entregándole así cual se entregan las piezas de caza.

—Podéis pegarme, podéis llevarme á la fuerza, dijo Juan á sus enemigos, pero seré católico mal que os pese.

Cuando durante la oración los protestantes se pos-



TONKIN.—DE VIAJE POR BOSQUES Y MATORRALES.—Reproducción de fotografía por el P. Girod, de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 62)

traban de rodillas, Juan hacía la señal de la cruz. Furiosos los protestantes, le decían: «¡Infame, osas tú burlarte de nuestras oraciones.» Juan respondía: «Vuestra es la culpa; ¿por qué me traéis aquí?»

Su indigno padre le confió entonces á un blanco que en la isla desempeñaba las funciones de comerciante, intérprete de la residencia inglesa, *magistrado*, ministro protestante, etc., etc. Al siguiente día Juan supo burlar la vigilancia de su nuevo guardián, y vino á nuestra residencia para asistir al rezo del Rosario, que acostumbrábamos á rezar á las seis y media de la tarde. Minutos después acudieron el jefe del lugar acompañado de un policía, enviados por el blanco para llevarse al niño. Les rogué que esperasen á que terminase la oración, apenas empezada, y viendo que en la calle esperaban algunos protestantes, prolongué la oración de la tarde hasta las nueve de la noche.

A esta hora dije al jefe que si quería podía apoderarse de Juan y volverle á los protestantes, pero que yo no podía ni debía despedirle. Oído lo cual se marcharon, dejándole en paz hasta la mañana siguiente.

Se presentaron *Ten Kataga*, padre del niño, el blanco y la fuerza pública, resueltos á llevársele. Les dije que no retenía al niño, pero que cuidaría muy mucho de no expulsarle de la casa donde vino buscando refugio. Preveyendo la repetición de las salvajes escenas de antes, no permití que el padre le cogiera, por lo que él mandó al *policeman* (policía inglesa, compuesta por lo general de indígenas) que se lo llevara á viva fuerza. Este titubeaba, porque decía: «El *papá* (en estas tierras nos llaman *papás*) estaría *matoniga*;» palabra indígena muy enérgica, y que significa *incomodado*.

Al fin el polizante, deshaciéndose en excusas, se acerca al niño, que estaba á mi lado: al ver que se acercaba, el pequeñuelo cogió mi cordón con una ma-



no, y con la otra el Crucifijo pendiente del cuello (1).

El polizonte se disponía á llevarsele; pero Juan en vez de soltar mi cordón y Crucifijo se cogió de ellos con mayor fuerza, y llorando á lágrima viva replicaba que anhelaba ser católico.

De súbito dirigiéndome al polizonte, que tiraba con violencia para desasirle, le dije: «¿Acaso también pretendes llevarme á mí?» Estas palabras dichas por un blanco á un canaco, causaron al pobre hombre tan mágico efecto, que dejó al niño y huyó avergonzado diciendo: *Akea pa ia nako* (Basta, basta, ya me voy).

Entonces el jefe y el famoso blanco resolvieron esperar ocasión más oportuna para llevarse al niño y devolverle á su familia, á la cual advertirían que si le maltrataban le sería lícito buscar un refugio entre nosotros.

Pasados algunos días oí gritar y llorar: era que *Ten-Kataga*, el desnaturalizado padre, llevando á su hijo en hombros se dirigía á la morada de los protestantes. El niño supo escabullirse y cayó en tierra. Entonces el padre cogiéndole por los piés lo arrastró hacia la residencia del *teacher* protestante, mientras que la madre le iba siguiendo y le daba de bofetones. *Ten-Kataga*, verdadero salvaje, cogió el cinturón de cuero que llevaba ceñido, y pegó cruelmente al niño tendido en tierra, hasta que se rompió la correa. *Ten Kataga* en un exceso de cólera es peor que un loco furioso.

Se apoderó de su víctima, y mediante violentas sacudidas lo tendió casi sin sentido á lo largo del camino. *Ten-Kataga* fuera de sí coge y tira por tierra á su hijo como si fuera masa inerte, luego precipitándose sobre él le aprieta la garganta para estrangularle. El pobre pequeñuelo reuniendo las fuerzas que le quedaban ensayó escapar, pero sus padres le cogieron y no le soltaron hasta dejarle tendido en el suelo como un muerto. Estos actos de salvajismo nos muestran que el Protestantismo aquí en los últimos confines del mundo, ni civiliza, ni cristianiza; se limita á sumar adeptos sin pedirles nada, ni enseñarles nada.

Como habíamos convenido con la Autoridad indígena, que si el niño volvía á ser maltratado podía refugiarse entre nosotros, salí acompañado del Hermano Esteban y de varios de nuestros mejores católicos, que había retenido á mi lado para evitar una verdadera batalla, y nos dirigimos al teatro de tan criminales actos: llegamos y encontramos al niño tendido en tierra, atado y fuertemente sujeto por sus padres, lanzando profundos gemidos y medio desmayado por el dolor. Me le acerqué, y él me tendió la mano y me cogió el Crucifijo, lo cual visto por su padre lanzó sobre el niño una mirada satánica: *Ten-Kataga* tuvo miedo á la cruz.

—Puesto que le quieres llevatele, y soltó al niño.

Ayudado por los católicos, burlándonos de la cólera de los protestantes, cogimos á nuestro pequeño mártir profundamente desmayado, y le llevamos á nuestra residencia. Tenía el cuerpo lleno de cardenales, en el cuello se veían las marcas rojizas de la estrangulación; en las piernas, brazos y por todo el cuerpo tenía heridas y señales de golpes.

(1) Los misioneros del Sagrado Corazón no tienen hábito particular; llevan sotana como los eclesiásticos, y al rededor de la cintura un cordón de lino negro.

Tardó largo rato en volver en sí, y las primeras palabras que pronunció fueron *Ti teuotana, ao é a pono ikeikeou*. (Un poco más y me ahogan).

Estábamos ocupados cuidando á Juan cuando llegó el velero *Neptuno*. Al día siguiente debíamos salir de Maiana para volver á Jarava. Aquella tarde las Autoridades decidieron que *Ten-Kataga*, gravemente culpable, debía perder todo derecho sobre su hijo, el que sería confiado á la vigilancia de uno de los jefes de la isla, y que en la sesión que se debía celebrar el lunes próximo, el padre sería juzgado y castigado severamente. Asustado, sin duda, por las consecuencias que podía acarrearle su salvaje conducta, me visitó y dijo que quería confiarnos á su hijo. Yo rehusé. El, levantando los brazos al cielo, juraba y perjuraba que su voluntad era sincera, y en prueba de ello al salir hizo que el secretario de la isla despachara el pasaporte de su hijo. Sé yo muy bien el valor que tienen las promesas de los protestantes, y especialmente de los protestantes de estas tierras y las de semejante individuo. Así fué que hice caso omiso de sus protestas.

Pues que el padre era indigno, la tutela pertenecía á la Misión, como en efecto lo habían acordado antes los jefes y el blanco de la isla. Dije al padre que de no pedírmelo la Autoridad no podía encargarme de la tutela del hijo. El padre insistió, y las Autoridades me pidieron también que me llevase al pobre Juan á la residencia de Jarava, y en presencia del blanco me entregaron el certificado requerido por las leyes inglesas para el transporte de un indígena de una á otra isla.

El certificado del gobierno local y las declaraciones de los numerosos testigos de las escenas arriba descritas, obra en mi poder como acusación perenne contra el exaltado furor de los partidarios de la Sociedad protestante americana (de Bostón), y al mismo tiempo como una prueba de las pocas simpatías de que gozan en estas islas los agentes ingleses.

Sea como quiera, Juan, que tanto había pedido la gracia de venir á la Misión de Jarava para seguir el llamamiento de Dios, vió sus oraciones despachadas favorablemente. Precisarón varios días para rehacerse y curar las heridas recibidas. Juan, feliz de encontrarse entre nosotros, se preparó al bautismo con una piedad y docilidad extraordinarias entre los indígenas.

Pobre niño, á once años había dado á Dios heroica prueba de amor. Esta pequeña víctima purificada por el bautismo, hubo de ser agradable á los ojos del Salvador divino. Le dejé el nombre de Juan que le habían dado los protestantes. Sufrió por la fe sin tener la dicha de morir por ella. Sin embargo, los padecimientos no habían acabado...

Esperaba poder hacer la primera Comunión el 15 de Agosto, fiesta de la Asunción de Nuestra Señora. Se creía excesivamente feliz entre nosotros. La Religión que le causaba tanta dicha, tenía demasiados enemigos para que le dejasen llegar al gran día en que Dios mismo sería recompensa de su fidelidad. El 16 de Mayo de 1900 echó anclas en Taranava el vapor *Ascher*, que conducía al comisario inglés que visitaba las islas del archipiélago para ejercer los derechos que le da á Inglaterra el protectorado. Nada diré de este hombre, pues para juzgarle basta uno solo de sus actos. Ni detallaré



tampoco los vejámenes y miserias de que somos víctimas en estas islas Gilbert. Esperamos que su reverencia el Ilmo. Sr. Leray obtendrá del gobernador de Fidji á lo menos una libertad relativa.

(Concluirá).

## COLOMBIA

### HECHOS DE LA REVOLUCIÓN

(Continuación.)

#### X.—Pillaje, y el castigo de un profanador

El pillaje debía forzosamente seguir á la victoria de estos bandidos; y no faltó, siendo los primeros en sufrir las consecuencias los establecimientos religiosos. Gracias á las precauciones tomadas á tiempo, se salvó parte de nuestro mobiliario, escondido en lugar seguro; pero quedaba en el colegio más de lo que se necesitaba para excitar la codicia y la sed de saqueo de aquella masa de hombres, mujeres y niños impulsados por las más bajas pasiones. No respetaron nada. Un harmonium, recibido hacía pocos días, fué hecho astillas; crucifijos, imágenes, libros piadosos fueron destrozados, rasgados, quemados ó arrojados al río. Era una explosión de rabia satánica contra toda señal de religión.

Entre estos vándalos modernos uno se distinguió entre todos: era un joven venido de Antioquía acompañando al general Díaz, de cuyo Estado Mayor era oficial. Viendo que sus compañeros habían dejado colgados de la pared algunos cuadros, especialmente uno de San José adorando al Niño Jesús en el pesebre, los arrancó con violencia, agujereó con la espada, los maltrató de mil maneras y rompió en mil pedazos. Tal acto de impiedad, extremado hasta la locura y el furor, debía acarrear á su autor ejemplar castigo.

Lo que voy á referir aconteció á la madrugada del mismo día. A primeras horas de la tarde los negros, en número de 700, se reunieron en la plaza frente á la iglesia para celebrar su triunfo. Los preparativos anunciaban una velada de orgía sin freno: aguardiente y licores debían correr á ríos; dejábanse oír amenazas de muerte, y al parecer se preparaban escenas sangrientas; pero aquellos hombres no contaban con la Divinidad.

Un cañonazo debía anunciar que la orgía empezaba: los jefes corrían de acá para allá dando órdenes: entre ellos figuraba el profanador de las Imágenes benditas. Por inadvertencia inexplicable, uno de sus amigos estaba junto al cañón fumando un cigarro, cuando le ocurrió dar la señal: coge el cigarro, le acerca á la pólvora y dispara... en el preciso instante en que el oficial enemigo de los Santos pasaba por delante la pieza. Con la detonación se confundieron los gritos de dolor del desgraciado, cuyo pie derecho y parte de la pierna habían sido lanzados á más de veinte metros de distancia. El efecto de este trágico suceso fué la dispersión de aquella multitud consternada, á la que inspiró pensamientos muy distintos de los de entregarse á orgías. Por lo que al herido se refiere, á la noche siguiente murió como había vivido.

#### XI.—Consejo de guerra

Conforme dije anteriormente, los revolucionarios nos consideraban como prisioneros: yo por mi parte dis- taba mucho de crearme obligado á obedecer la orden de no comunicar con el exterior. El día 25 por la mañana salí resueltamente y fuíme á visitar la Casa Misión ocupada por los negros. Crucé por entre los guardas, visité todos los departamentos y dependencias de la casa, y aunque nadie me dijo nada, no supe callarme, y al ver el triste cuadro que presentaban nuestras habitaciones, hube de apostrofar á aquellos miserables.

Al visitar las clases encontré una bandera francesa rota y pisoteada: al verla me dirigí á la casa de un francés amigo, quien aceptando mi invitación me acompañó á nuestra residencia. Una vez en ella recogimos la bandera rota y pisoteada, con el propósito de presentarla al general Díaz y ver de intimidarle. Llegados á la casa en que se hospedaba, nos invitaron á esperar en la antesala. A los pocos minutos se nos presentó un hombre de faz patibularia, algo parecido á un coronel, quien me dijo:

—Debe V. saber que poseo documentos que le comprometen.

—Ignoro, le contesté secamente, qué documentos sean estos.

—¿Es V. capuchino?

—No, soy Hermano marista, y me ocupo en la enseñanza.

—Es igual, según los informes de mis jefes Vdes. abusan de su ministerio, induciendo á los alumnos á ser partidarios del Gobierno.

—La base de nuestra enseñanza, le contesté deseando acabar de una vez, es la Religión; de la política no nos ocupamos ni poco ni mucho. Además, los padres de familia de Quibdo, en su mayoría liberales, pueden informarle de lo que enseñamos á sus hijos.

En estas estábamos cuando vi entrar todos los Capuchinos de la Misión, acompañados de algunos individuos y seguidos de doce soldados arma al brazo. La cosa presentaba mal cariz. Acto seguido nos introdujeron en presencia del general, á quien rodeaban ocho jefes revolucionarios. Al breve rato llegó D. Leoncio Ferrer, el mismo de quien hablé anteriormente. El francés que me acompañaba se había retirado.

Nuestros jueces nos mandaron sentarnos. El general empezó dirigiendo, particularmente contra los Capuchinos, una larga serie de acusaciones acompañadas de insultos é impiedades sin cuento. Repetidas veces el vicepresidente de la Misión intentó contestar y protestar, y cada vez el insolente *cacique* le negó la palabra.

En el decurso de esta reunión, que ni acierto ni quiero calificar, un individuo que se hace llamar el coronel Vallejo, leyó dos cartas cogidas á dos de los Capuchinos prisioneros: ellas eran los ponderados documentos comprometedores. Ambas estaban escritas de un conservador, amigo de los Capuchinos. La primera iba dirigida á los Capuchinos, la segunda era una *suplicada* para su familia que residía en el Choco. En ambas se anunciaba la proximidad de algunos mal aconsejados provinientes del Sud de Antioquía, y que avan-



zaban en dirección al valle del Cauca, al frente de las cuales marchaba un general llamado Rafael Díaz. ¡Este era el crimen que pedía ejemplar castigo!

Terminada la solemne lectura de estas cartas, el general las cogió, y mirándonos con expresión ridículamente terrorífica, las tiró al suelo con violencia gritando:

—¿Qué hacer de vosotros?... Os castigaremos como merecéis.

Al oír esta amenaza el Sr. Ferrer se levanta, coge el sombrero y disponiéndose á partir dice:

—Creo inútil mi presencia. Entiendo que las acusaciones formuladas carecen de fundamento. Debo, pues, retirarme.

Tan súbita resolución asombró y aterrizó á nuestros jueces, que conocían la influencia del interlocutor. Acababa de darles buena prueba de ella sublevando á su favor tres cuarteles de los cinco que contaba la ciudad. Díaz contestó incontinenti, y con voz dulce y persuasiva:

—Y ¿por qué se retira el Sr. Ferrer? Quédese, pues contra estos señores no resulta cargo alguno.

Y dirigiéndose á nosotros nos dijo con igual amabilidad:

—Siento muchísimo haberles molestado. Les ruego que dejen la política, y nadie volverá á decirles palabra.

Luego levantándose, con atento ademán nos alargó á cada uno el respectivo sombrero, y al despedirse fué estampando en la mano de cada uno ¡el beso... de Judas! Mandó retirarse á los soldados que esperaban junto á la puerta, y nos acompañó hasta la casa en que nos hallábamos refugiados, donde los dos jóvenes Hermanos me esperaban ansiosos.

## XII.—Hechos

Si no temiera, reverendísimo Hermano, ser excesivamente largo y fatigar vuestra atención, podría relatar un sin fin de hechos que ponen de relieve el espíritu, tendencias y grado de civilización de nuestros dominadores. Sin embargo, no quiero pasar en silencio algunos de los más directamente relacionados con nosotros.

En nuestro dormitorio habíamos dejado algunos pares de zapatos. Los negros los cogieron y se los calzaron. Pero como sólo pudieran meter la punta de sus gruesos piés, cortaron la cubierta superior y los ataron con bramantes. Y era cómico en demasía ver aquellos espectros humanos pasearse orgullosos de calzar como los blancos.

Pero lo que á nosotros no nos hacía reír, sino que nos causaba profunda pena, era ver á algunos de aquellos bandidos dar guardia en el cuartel, ó pasear fusil al hombro por las calles de la ciudad vistiendo nuestras sotanas.

Actos tan impíos eran aplaudidos y á veces mandados por los jefes. Un día un jefe ordenó á uno de estos infelices que se vistiera de capuchino y se presentara á la casa donde se alojaba el *Estado Mayor*. La orden fué cumplida y aplaudida por el populacho, y el cínico soldado iba ya á terminar el desempeño de su papel, cuando D. Leoncio Ferrer, el viejo masón, ese masón

que tantas cosas hacía al revés de cuanto suelen hacer los masones, le encontró á mitad de la plaza pública y le propinó un soberbio palo. Luego dirigiéndose á los jefes que habían dado la orden, les apostrofó como merecían. En honor de la verdad, al Sr. Ferrer debemos estarle sumamente agradecidos.

Otro hecho:

A principios de Marzo un liberal del departamento de Antioquia, disgustado por la política criminal de los principales jefes de su partido, abjuró sus ideas políticas y se ofreció al Gobierno para entregarle tres generales y numerosos jefes revolucionarios, en aquel entonces refugiados en el Choco, buscando rehacerse de terrible derrota sufrida luchando contra las fuerzas leales. Para realizar su plan vino á Quibdó, donde se hallaban los indicados jefes; pero fracasó en la empresa. Conocían su cambio de ideas, y sus planes habían sido delatados: apenas había entrado en la ciudad cuando fué aprisionado y obligado á comparecer ante un Consejo de guerra. Sea porque en el tribunal quedara aún una sombra de equidad, sea que el miedo les obligase á ser prudentes, el caso es que fallaron diciendo que no había pruebas de la culpabilidad del acusado.

Los *chocoanos* pidieron que fuese condenado á muerte: se les negó lo que pedían, y no obstante dijeron al prisionero que dentro breves horas sería fusilado. En consecuencia le propusieron si quería confesarse con un Padre Capuchino, y él aceptó. A poco de la propuesta un infame mulato, envilecido tanto cuanto sea posible imaginar, entró vestido de capuchino en el oscuro aposento del prisionero, y ensayó, siempre en vano, de arrancarle los secretos de su conciencia. Este profanador expió también su crimen: apoderóse de sus piés la gangrena ó la lepra, le cayeron á pedazos, y al poco tiempo de enfermo murió su hermana que era su único sustento.

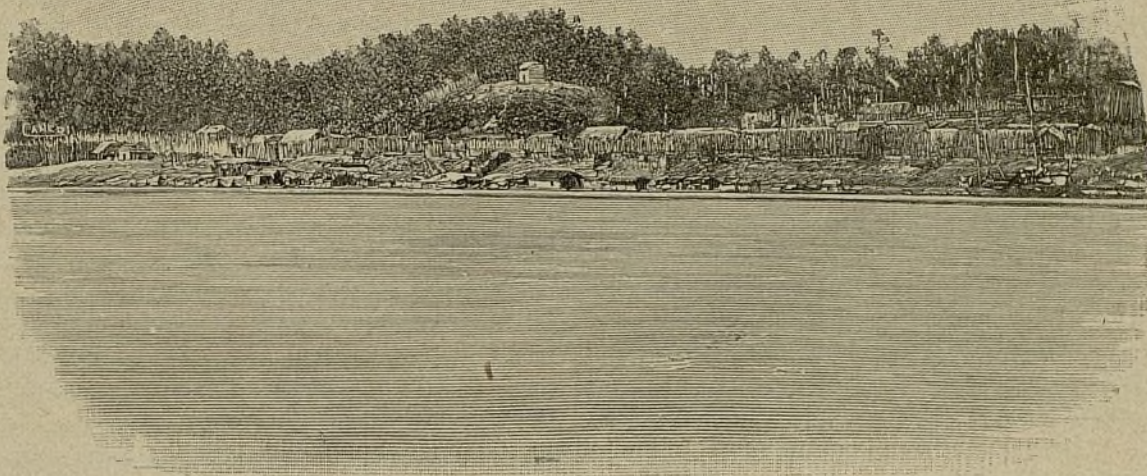
No han faltado en estos desventurados tiempos hombres miserables que, vistiendo hábitos religiosos, han tenido la sacrilega audacia de parodiar la administración de la Extremaunción á los enfermos que visitaban.

Los primeros días eran tantos y tan frecuentes los *mueras* contra nosotros, que hasta nos acostumbramos á oírles. Un Padre Capuchino escapó casi milagrosamente de las balas de revólver con que le saludaban dos que no serían muy buenos sujetos. Un día me estaba asomado en el balcón cuando me vió uno de los principales jefes revolucionarios, y sin duda para ejercitarse me hizo servir de blanco á los disparos de su carabina. Ignoro cuál hubiera sido el resultado del ejercicio, á no pasar en aquel momento D. Leoncio Ferrer, quien con indignación le obligó á desistir de su criminal intento.

¡Y cómo han destrozado nuestra hermosa iglesia, pretextando siempre buscar las armas que en ella había escondidas!

Si de la tiranía y vejaciones de que hemos sido víctimas pasara á referir las que han sufrido la mayoría de las principales familias del Choco, ¡cuánto más sombrío sería el cuadro que acabo de esbozar!





TONKIN.—FORTÍN Y TRINCHERAS Á ORILLAS DEL RÍO ROJO.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod, de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 62)

### XIII.—*La Providencia*

Al recordar, reverendísimo Hermano Superior, la protección visible, constante, eficaz, que nos ha dispensado, á mis compañeros y á mí, la Divina Providencia, siento inundárseme el alma de los más vivos sentimientos de gratitud y de gran confianza. Jamás experimenté tan visiblemente como en el decurso de esa dura prueba, los dulces y maravillosos efectos de las bondades de Dios y de María, nuestra Madre.

Los escasos recursos salvados de la rapacidad revolucionaria hubieran distado mucho de ser suficientes para atender á nuestras necesidades durante el largo cautiverio sufrido. Los Padres Capuchinos no podían ejercer libremente su ministerio. Nosotros, cerrado el colegio, no recibíamos un céntimo de nadie: además incomunicados con Cartagena, que puede llamarse el granero de Quibdo, los precios de los víveres aumentaron. A no contar más que con nuestros recursos nos quedábamos sin ellos á los pocos días. Dios no nos desamparó. Una hija del tantas veces citado Sr. Ferrer, educada por las Religiosas de Curaçao, y que estaba en posesión de cuantiosos bienes, ha sido nuestra protectora durante estos calamitosos días. Para socorrernos visitó al propietario de la casa en que nos albergábamos, y ella supo arreglarlo de tal manera, que durante cuatro meses recibimos con la mayor regularidad la comida cotidiana, ignorando siempre qué mano era la que tan caritativamente nos socorría. No descubrimos quién era la protectora hasta mediados de Mayo, cuando, algo calmada la agitación política, pudieron los Capuchinos abrir las largo tiempo cerradas puertas de la iglesia. Y supimos también que la piadosa joven realizaba esta buena obra á escondidas de su familia. Profundamente agradecidos por tanta generosidad, rogamos al propietario diera á nuestra bienhechora las gracias más ex-

presivas, y le suplicara suspendiese sus liberalidades, pues contando con algunos recursos podíamos proporcionarnos lo necesario para seguir viviendo. A partir de aquella fecha dos legos Capuchinos se encargaron de la cocina.

Me complazco escribiendo que los Padres Capuchinos nos colmaron, durante estos penosísimos tiempos, de cuantas atenciones y bondades es dable imaginar. ¡Y la santa fraternidad que nos unía contribuyó muchísimo á aligerar los penosísimos sufrimientos que tanto nos afligían!

Debo, sin embargo, hacer constar que á pesar de la excelente voluntad testificada por varias personas de buen corazón, algunos días recibimos la poco grata visita de la miseria. Con el dinero en la mano recorríamos las tiendas pidiendo nos vendieran algo alimenticio, algo que llegamos á no precisar, á dejar al arbitrio del tendero: y á todos vendían, á los más infelices, á los más degradados, todos tenían el derecho de alimentarse, de vivir; todos menos nosotros, menos los *frailes*, á quienes habían convenido no vender nada. Afortunadamente siempre hallamos algún buen amigo que nos facilitaba lo estrictamente indispensable para vivir.

La mala alimentación, sumada á los sufrimientos morales, fué causa de enfermedades. Durante los siete últimos meses de prisión en Quibdo, en general no transcurría día sin que tres, cuatro y á veces siete de nosotros lo pasáramos en cama atacados de violenta calentura: á los tres ó cuatro meses parecíamos esqueletos.

Sufriendo tanto como sufríamos por las enfermedades y por los padecimientos morales, venían á consolarnos los favores manifiestos de la Providencia divina. Numerosas personas nos visitaban, nos compadecían y nos regalaban variadas medicinas, asegurando cada una que la por él ofrecida era la mejor... ¡Que Dios y la Virgen les paguen tantos actos de caridad!



XIV.—*La libertad de enseñanza*

Del 19 de Enero á mediados de Mayo, cuantas veces alegando que éramos extranjeros, que no podíamos vivir sin recursos, etc., etc., solicité permiso para dirigirme á Cali, me dieron por única respuesta un NO seco, sin apelación.

El 19 de Mayo volví á la carga, resuelto á quemar hasta el último cartucho para lograr que nos dieran los pasaportes. Según costumbre la contestación fué negativa. Entonces, de conformidad con el plan que me había trazado pedí que me permitieran abrir el colegio, y con gran sorpresa mía me concedieron la autorización. Alentado por tan inesperado éxito, solicité me fuese permitido servirme del local y del mobiliario perteneciente á la extinguida escuela de niñas, lo que me fué concedido sin reparo. En consecuencia el jefe revolucionario dió las órdenes oportunas para que me entregasen los pocos muebles sanos que quedaban en nuestra casa Misión.

Los dos jóvenes Hermanos Rómulo y Rosendo, sumaron sus escasas fuerzas á las mías casi agotadas, y abrimos el colegio el 25 de Mayo. ¡Los primeros alumnos fueron los hijos del jefe ó gobernador revolucionario, el del alcalde y los de dos de los más importantes y entusiastas radicales!... Los pocos conservadores que contaban con que pagar, pues el colegio no era gratuito, enviaron sus hijos.

Los liberales exaltados intentaron desbaratar nuestros planes, é impedir que la escuela continuara abierta, pero en vano: ¡y lo que no pudieron los liberales lo consiguieron con facilidad las enfermedades! Confiamos demasiado en nuestras escasas fuerzas: á pesar de nuestro anhelo, de nuestra energía, el 25 de Julio debimos interrumpir las clases.

XV.—*Partida para la desembocadura del Atrato*

En la imposibilidad de continuar el colegio realicé nuevas gestiones para ver si nos dejaban partir. Trabajé un mes sin resultado. Y así seguíamos, cuando en Agosto el turco que nos había protegido y alojado durante los primeros tiempos de la revolución, nos ofreció nuevo refugio en una propiedad que acababa de adquirir en la desembocadura del Atrato. Creímos deber aceptar el nuevo ofrecimiento, aun cuando los Hermanos Maristas hubiéramos preferido otro que nos acercara á las Misiones que los nuestros poseen en Cauca.

El buen turco y sus amigos trabajaron hasta lograr nos pasaportes; los dieron á condición de que los Capuchinos, que eran siete, pagaran cada uno cien piastras. A los Hermanos Maristas no les pidieron nada, porque dijeron: son pobres y trabajan en favor del pueblo.

Esta distinción me alentó, y resolví presentarme al Gobernador á interceder en favor de los Padres. A fuerza de ruegos logré que las cien piastras se redujeran á diez. Un comerciante turco, sobrino del que con justicia puedo llamar nuestro bienhechor, pagó las setenta piastras convenidas, y nos entregaron los deseados pasaportes.

Acompañaron y dificultaron los preparativos del viaje algunos incidentes que nos obligaron á ser precavidos y audaces. Las gentes de orden, que son las gentes de bien, se lamentaban al ver que los abandonaban los misioneros, su único consuelo en las vejaciones á que les condenaba el tiránico yugo radical. Los liberales exaltados, al contrario, exteriorizaban su alegría y redoblaban los ataques y los testimonios de odio contra los sembradores de la buena doctrina. Se publicaron, revestidos de carácter semioficial, dos libelos infames, en los que se insultaba por igual á los Padres Capuchinos y á los Hermanos Maristas.

Resolvimos organizar dos expediciones, para las cuales contábamos con un vaporcito propiedad de los Capuchinos, y tres canoas con dos remeros, galantemente cedidas por los dos turcos de que antes he hablado. Tres Capuchinos y tres Hermanos Maristas debían formar el primer grupo, cuya fecha de salida estaba fijada el 8 de Septiembre; los cuatro Capuchinos restantes debían embarcar el 12.

Soñar en preparar un viaje de incógnito es en Quibbo soñar en lo imposible: el día señalado la gran mayoría de la población se hallaba reunida á orillas del río presenciando nuestros preparativos. En algunos rostros se adivinaba la alegría, pero en la generalidad, y particularmente en los de nuestros alumnos, se manifestaba profunda tristeza. Yo me sentía embargado de intensa emoción, pues les amaba mucho á aquellos niños. A no verme obligado á salir de esta ciudad, que en aquel momento se nos mostraba tan inhospitalaria, no la hubiera abandonado nunca esta juventud que queda puede decirse sin sostén, sin ayuda en medio de espantosa corrupción de ideas y costumbres. ¡Que Jesús y María la protejan y que presto nos concedan días mejores que nos permitan volver entre ella!

(Se continuará)

## TRABAJO

## DE LOS MISIONEROS AGUSTINOS ESPAÑOLES EN IQUITOS (PERÚ)

No hace mucho tiempo celebraban los enemigos de nuestra santa Religión las victorias obtenidas en las aguas de Cavite, al ver arriada con la bandera española la enseña del Catolicismo, que por espacio de tres centurias ondeara en aquellas apartadas regiones, entregadas por el inmortal Magallanes al magnánimo Rey de las Españas. Bien fácil creyeron los hijos de la altiva América el despojarnos de los últimos restos de nuestra antigua grandeza; y guiados los unos por la ambición, y los otros por ese odio secreto á nuestra raza, odio cuya causa única no puede ser otra que las tradiciones religiosas del pueblo español, formaron estrecha alianza para consumir el más infame y arbitrario despojo, no registrado quizás en los anales de las edades modernas.

El triunfo de las armas americanas significa el desquiciamiento total del grandioso edificio de la fe, levantado en aquel vasto imperio por los católicos Monarcas de Castilla, amasado con la sangre de nuestros Márti-



res, y sostenido por el celo y patriotismo de nuestros misioneros, los Religiosos españoles. Empero ese grandioso edificio vase ya desmoronando ante el rudo golpe del ateísmo, de la indiferencia y del libertinaje; la inmoralidad y el error siguen su vertiginosa carrera, llegando á invadir hasta las últimas clases de aquella sociedad; no hay fuerza humana que pueda contrarrestar la avasalladora corriente de la herejía; pululan por doquier los nuevos redentores del pueblo oprimido, y con el fútil pretexto de ensanchar el horizonte de las inteligencias atrofiadas bajo el fanatismo y la ignorancia, consiguen el menguado triunfo de descatalogar á todo un pueblo creyente.

Para los que pasábamos los mejores días de nuestra vida entre los ingratos hijos de aquel infortunado suelo, por quienes supimos consumir el doloroso sacrificio de nuestras ilusiones, no es ni podía ser indiferente el estado infeliz de ese pueblo iluso que, al precipitarse hacia el vasto océano de efímeras ambiciones, ve hoy trocados en duras cadenas los que antes fueran lazos de sincera amistad. Lejos de nosotros el anatematizar á los que en los días del infortunio mezclaron sus lágrimas con nuestras lágrimas, y sus dolores con nuestros dolores: no somos ingratos á los beneficios recibidos; han-nos dado ejemplo de verdadero heroísmo, y reconocemos la inocencia de esa inmensa mayoría; pero éstos vense hoy como entonces obligados á devorar en silencio las penas que les oprimen. Amamos de veras al pueblo filipino, y con facilidad olvidaríamos los ultrajes todos recibidos en los dieciocho meses de penoso cautiverio, si viéramos renacer la gratitud en aquellos con quienes poco ha viviéramos unidos con el hermoso vínculo de la amistad.

Separemos sin embargo nuestra vista de ese doloroso cuadro que tanto contrista nuestro corazón, y sírvanos de consuelo el saber que los Religiosos españoles de Filipinas, á quienes el notable escritor protestante don Federico Sawyer no duda en llamar «los mejores misioneros en los tiempos modernos (*The Inhabitants of the Philippine Islands. London, 1900*)», continúan su misión evangelizadora en las vastas regiones de la América latina. A continuación publicamos algunos párrafos de una extensa carta escrita á bordo del vapor *I. Bolívar* por el M. R. P. Paulino Díaz, de la Orden de San Agustín, prefecto apostólico en el vicariato de Iquitos (Perú), cuyo patriotismo y trabajos apostólicos en el archipiélago filipino son ya conocidos de los lectores de esta Revista.

Fechada la carta en 18 de Diciembre último en el Río Amazonas, escribe al R. P. Fr. Benigno Díaz en los siguientes términos:

«Querido hermano: Como le decía en mi anterior, el 31 de Octubre me embarqué en la lancha «Calmapanas» en compañía del P. Bernardo Calle y del Hermano lego Fr. Mignel Vilajolí, catalán, quien al llegar los Padres Agustinos á esta ciudad de Iquitos, donde él residía, pidió entrar en nuestra Corporación, al que vestí el hábito de donado, previa autorización de nuestro reverendísimo Padre General. No es fácil describir los trabajos, privaciones y penalidades que hubimos de padecer durante nuestro viaje: el personal era numerosísimo, y la embarcación demasiado pequeña: fué preciso,

sin embargo, vencer todos aquellos obstáculos; exigíalo así la gloria de Dios, la salvación de las almas y la confianza que depositaran en nosotros el Presidente y el Gobierno de la república. Acompañábanos el señor prefecto con su ayudante y secretario, el ingeniero, jefe de la flotilla, el capitán que mandaba las fuerzas, el farmacéutico y algunos otros viajeros particulares. El día 17 de Noviembre, y ya á la altura de la isla Santa Teresa, nos previene el práctico de á bordo de la imposibilidad de arribar á nuestro destino; era necesario esperar la crecida del río. Obligados á fondear en un pequeño recodo, al que se le dió el nombre de Puerto de San Eduardo, distrajimos nuestro aburrimiento formando una chácara y plantando yuca, caña dulce, plátanos, etc. No es posible enumerar la multitud y variedad de pájaros y animales que pueblan los bosques contiguos al puerto San Eduardo: entre los últimos se pudo coger una danta de extraordinaria magnitud, con tres dedos en las extremidades anteriores y cuatro en las posteriores. Nos detuvimos allí ocho días, y por fin el día 21 pudimos llegar hasta el Pongo, coincidiendo nuestro desembarco con la bajada de unos veinte salvajes aguarunas, ya separadamente, ya en compañía de los expedicionarios. Lejos de encontrarles esquivos, los hallé sumamente dóciles: esta mi primera impresión no dudo haya sido dispuesta por la Providencia como aliciente para la obra evangelizadora que tratamos de emprender.

«El domingo, 24, hice limpiar un pedazo de terreno en el mismo sitio en que estuvo el pueblo de Borja, del que hablan La Condamine y Julio Verne: no queda ya ni el menor vestigio de aquel pueblo. Allí se improvisó una capillita, donde pude celebrar el santo sacrificio de la Misa en presencia de multitud de infieles que pueblan aquellas inexploradas regiones. Dimos todos fervientes gracias á Dios por los beneficios recibidos al ver coronada en parte nuestra obra, que era el extender el santo Evangelio y labrar la felicidad eterna de aquellas almas. Las primicias de nuestro apostolado fué el bautismo administrado á dos niños, hijos ambos del que es hoy jefe ó «curaca» del distrito. Previamente instruidos los dos niños citados en los misterios de nuestra santa Religión, y con la certeza moral de que no sería profanado el Sacramento, no dudamos acceder á las súplicas y ruegos del «curaca» ó jefe. ¡Cuándo llegará el momento feliz en que veamos dentro de la Iglesia católica á estos desgraciados, objeto hoy único de nuestro cariño y predilección!

«El día 25, fiesta de Santa Catalina, se dió principio á los trabajos de desmonte para la nueva fundación. En el mismo sitio donde estuvo el pueblo de Borja, que es á la derecha del Maraón, ó sea á la desembocadura del Pongo de Manserricha, y al que La Condamine da el nombre de Postigo, se levantó la primera casa, la que se pudo bendecir el día 6 de Diciembre.

«Dije Misa en ese mismo día, á que asistieron todos los expedicionarios con gran recogimiento. La nueva Misión quedó desde entonces definitivamente establecida, bajo la advocación de San Antonio Abad á instancias del mismo prefecto, y al nuevo pueblo se le dió el nombre de Puerto de Meléndez. Una vez reconocido el terreno para el camino, aguas arriba del Pongo, zarpa-





TONKIN.—BOSQUE DE PALMERAS «LATANERAS».—Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod. (Pág. 62)

mos con rumbo á Iquitos, á donde llegamos el día 11 por la tarde.

«Tengo fundadas esperanzas de que la nueva Misión ha de prosperar: dejando aparte otras consideraciones, es el punto obligado para la comunicación de todo el departamento con los pueblos del centro y con la misma capital de la república. El entusiasmo es grande, y en el supuesto de que el Gobierno acceda á las peticiones del prefecto, que no dudo habrá de acceder, se procederá á llevar muy pronto todos los trabajos en gran escala. Los llamados «cerros», que forman el Pongo, son como las primeras estribaciones de los Andes, y hacen que el clima sea agradable en extremo. Los vientos frescos, casi constantes en estas comarcas, templan los rigores del calor durante el día, y en las mañanas y por las noches se deja sentir el frío de los climas templados.

«Hasta la fecha muy pocos ó nadie se atrevió á establecerse en aquellos hermosos lugares por temor á los gíbaros, tribus salvajes que, desde el tiempo de los españoles, han hecho hecatombes horribles. Divídense aquellas tribus en dos ramas principales: los aguarunas, sitiados en los afluentes de la margen derecha del Marañón, y los vambisas, á la margen izquierda del

mismo río, esparcidos además por las riberas del Santiago, Morona y Pastaru. Son estas dos tribus enemigas irreconciliables entre sí, y si bien los primeros parecen gente tratable y de costumbres relativamente morigeradas, los vambisas en cambio distínguense por sus instintos féroces y carácter sanguinario, falso y vengativo; sólo aprovechan la ocasión de poderse cebar en sangre humana.

«Nuestra situación va mejorando notablemente. Son cordialísimas mis relaciones con el prefecto del distrito, con su secretario y con el mismo Presidente de la república, del que recibo pruebas de sincera amistad. No hay duda que Dios se vale muchas veces de estos medios para realizar sus fines.

«En mejor ocasión detallaré mi viaje á nuestra residencia de Manaos, á donde creo necesario ir personalmente para ver de arreglar algunos asuntos relativos al Seminario allí establecido...»

Hasta aquí la carta del P. Paulino. Permítasenos añadir algunas observaciones antes de terminar tan interesante relato, si quiera sea abusando de la paciencia de nuestros lectores.

El prefecto apostólico de Iquitos es el mismo fraile español que en el pueblo de Sara (Panay) supo harmonizar los intereses sacrosantos de la Religión y de la patria. La ingratitude de los que fueran antes sus aduladores y por quienes sacrificara los mejores años de su vida, obligóle á abandonar las playas filipinas. Pero allá en las estribaciones de los Andes, en las incultas é inaccesibles regiones del Pongo, despliega su celo apostólico, abriendo nuevos derroteros

al progreso cristiano. Estudie el leader de las libertades modernas Mr. W. Taft el gran libro de la civilización tagala, y compare los hechos realizados por los Religiosos españoles con los juicios é informaciones recibidas de los prohombres del federalismo, que hoy alardean de ser los representantes únicos de los sentimientos del pueblo filipino; con los escritos é información del filipinólogo Joreman y toda esa turba de periodistas extranjeros que, bajo el lucrativo pretexto de sobornar al Gobierno de Wáshington y á los que hoy rigen los destinos del archipiélago magallánico, no vacilaron en acumular toda clase de infundios al tratarse de las beneméritas Corporaciones religiosas de Filipinas.

Vea finalmente el autor de la «Conquista del Perú», Mr. Prescott, si el Vicario apostólico de la región de Iquitos,

so color de Religión  
va buscando sangre y oro  
del encubierto tesoro,

como arbitrariamente dejó estampado en la primera página del mencionado libro.



## DIEZ AÑOS EN EL ALTO TONKIN

POR EL P. GIROD, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS  
DE PARÍS

(Continuación)

La provincia de Hung Hoa, que desde la conquista estaba sujeta á la Autoridad militar, fué en 1888 puesta bajo la dependencia de la Autoridad civil, nombrándose gobernador de la misma á un joven abogado, que á pesar de sus excelentes deseos debió pagar cara la

cio, y había invitado á sus amigos el comandante B... y el capitán R... A las diez de la noche los oficiales volvían al cuartel y el gobernador se dirigía á sus habitaciones particulares. Subía la escalera cuando le sorprendió un disparo, seguido de gritos salvajes y gran ruido de armas. M. M... lanza la voz de alerta y empuña el revólver: al tumulto siguió la más profunda calma: á pesar del silencio de la noche apenas pudo oír el ruido de unos piés desnudos que huían corriendo á todo correr.

Eran los piratas, que volvían á sus madrigueras llevándose todas las armas de la milicia. El gobernador



TONKIN.—... Y AL PESO DEL GINETE Y DEL CABALLO EL PUENTE SE ROMPIA Y...—Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod, de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 62)

experiencia. M. M... se ocupaba en construir el edificio futura habitación del gobernador, y en organizar la milicia provincial.

Un anciano médico indígena cristiano, de Hung Hoa, me presentó un día en Duc Phong algunas de las personalidades de Thuong Nung, quienes me visitaban para decirme que entre los nuevos admitidos en la milicia provincial había dos hombres hermanos ó primos de otros que habían sido decapitados en Son Tay por delito de piratería. La ciudad de Thuong Nung no quería salir garante de estos dos hombres, que un día podrían desertar con armas y bagajes. Como debía avisé al gobernador, quien atareado en múltiples quehaceres no prestó la atención debida á las noticias del P. Bac. Los piratas cuidaron de confirmarlas.

M. M... celebraba la inauguración del nuevo edifi-

no pudo hacer otra cosa que comprobar la muerte del centinela, víctima del deber, y la desaparición de las armas. En honor de la Guardia provincial, tan valiente y benemérita, debo hacer constar que en Hung Hoa distaba mucho de estar organizada. Se componía de treinta hombres reunidos al azar y mandados por un supernumerario ó cosa así, que en el momento del ataque se estaba divirtiendo en el casino.

Aquel mismo año (1888) fué fundada la cristiandad de Hung Hoa, hoy residencia del Vicario apostólico del Alto Tonkin. Los cristianos eran pocos, apenas llegaban á treinta, pero como debía con gran frecuencia pasar ó permanecer en esta población, creí necesario ver de proporcionarme algunos palmos de tierra en los que había dos edificios de madera: uno sirvió de iglesia y el otro de habitación.



Para esta fundación S. I. Mons. Puginier pudo entregarme la enorme cantidad de treinta piastras (una piastra equivale 3'50 francos). Pero Dios la bendijo, y la cristiandad se fundó.

A la dádiva S. I. acompañaba su bendición y autorización para levantar Europa entera en favor de la nueva cristiandad.

Hoy mi estado pecuniario es, á corta diferencia, como entonces; S. I. no tiene dinero, y me bendice y me aconseja lo busque en Europa. Y por esto escribo.

*Intelligenti pauca...* lector, que no se te ocurra traducir «los inteligentes dan poco,» y que la *vox clamantis* «por la catedral de Hung Hoa y la capilla de Lao Kay» no se extienda *in deserto*.

A los pocos días de recibidos, á los fondos del Prelado pude sumarles diez hermosas piastras, cantidad que me entregó el gobernador francés en pago de un *kropats chek* que le devolví y cuya historia vale la pena de ser escrita. Había caído de manos de un zuavo muerto en un encuentro habido en los alrededores de Than Mai, y lo cogió un *pabellón negro* que hizo de él su *modus vivendi*: presentábase en cualquier parte llevando al hombro el fusil francés, y era respetado y le daban buen plato y buena cama. Así mi hombre recorrió el país.

Un día, después de mucho andar, se detuvo, apoyóse en el pretil de un puente, y á su lado puso el productivo fusil: cuando más descuidado se hallaba echósele encima un fornido mocetón, quien le da un par de puñetazos y le envía á ver cuántos peces vivían al fondo del arroyo.

El nuevo poseedor del fusil habitaba en Tien Kieng y era cristiano. Entregó el *kropats check*, su glorioso trofeo, al cura de Bau No, quien lo llevó á mi residencia, de la cual fué á la gobernación, donde me entregaron las diez piastras. ¡Qué negocio! ¡Si hubiese podido retirar de la circulación todos los fusiles robados!

A pie y á caballo seguía recorriendo el país acudiendo donde me llamaban las necesidades de mis cristianos. De vez en cuando visitaba las ambulancias de Viet-tri y Hung-Hoa, donde asistía y consolaba á los pobres soldados heridos ó enfermos.

No descansaba, jamás dormía una semana en un mismo pueblo. Mi distrito contaba unos 13,000 cristianos distribuidos en 65 cristiandades.

Por término medio recorría mensualmente de 350 á 400 kilómetros, siempre por montes y valles, y anualmente oía unas dos mil confesiones que representaban otros tantos cuartos de hora. Días negros y noches blancas; pero mi salud siempre impertérrita.

*Satis suaviter equitat  
Quem Dei gratia portat.*

Para tan largas correrías tenía el mejor caballo del mundo: *Coco*, el de las piernas de acero, delgado, incansable. Este famoso caballito me hacía dar gracias frecuentemente á mi generoso amigo el Dr. Lheriter de Chezelle, que me lo regaló cuando salió del Tonkín

para Europa. Montado en mi *Coco* he recorrido en siete horas y en Julio la distancia que separa Ke Lo de Ha Noi. Las carreras de 40 ó 50 kilómetros, trotando sin descansar, estaban á la orden del día repetidas veces al mes.

Mi *Coco* tenía un defecto: era difícilísimo de montar; no permitía que un tercero tuviese la brida mientras yo colocaba el pie en el estribo. Antes de ser amigos, él, caballo sin educación, y yo, jinete invencible, debía cogerle una de las piernas delanteras, levantarla del suelo y no dejarla hasta haberme afirmado en la silla; un momento de distracción, el salto algo bajo, y *Coco* emprendía vertiginosa carrera, dejándome, y á veces no de pie, en el duro suelo.

Por esta razón procuraba bajar el menor número de veces posible, y á caballo pasaba los puentes de carcomidas tablas, las poternas tan bajas y estrechas que cierran la entrada de los pueblos anamitas.

Y el resultado era que con desmesurada frecuencia el puente cedía al peso del caballero y del caballo (*véase el grabado de la pág. 61*) y ambos no parábamos hasta el fondo del arroyo, donde nos las arreglábamos como podíamos, sin que yo me preocupara del caballo, ni él de si me fastidiaba largándome alguna coza.

Los estrechos senderos que cruzan el bosque, y por los cuales apenas puede deslizarse un hombre, los pasaba montado y hasta corriendo. A pesar de empuñar y ser práctico en el manejo de afilada acha con la que cortaba de un golpe lianas, ramas y cuantos obstáculos me cerraban el paso, acostumbraba á salir con las manos y el rostro ensangrentado, y más de una vez corrí el peligro de quedar enredado entre las ramas, peligro del que siempre me salvó el oportuno auxilio de un catequista montado que solía acompañarme.

Al salir del bosque soltaba las riendas á mi *Coco*, quien se lanzaba á trote largo é incansable, cual si el camino fuera un enemigo cuya cabeza quisiera alcanzar y aplastar. Y yo dejando volar el pensamiento y la imaginación, recordaba Europa y Francia, mi patria, y de Francia la región que más amo, la región que guarda el pueblo en que nací; y veía mis padres, mis hermanos, mis amigos queridos... y de súbito *Coco* pegaba un brinco de los que suelen ser fatales á los jinetes distraídos, levantaba las orejas, se agitaba con extraño temblor y se lanzaba á escape desesperado diciéndome en su inarticulado lenguaje: «El tigre se acerca... ¡sálvese quien pueda!»

Salvados del tigre salían á saludarnos los piratas.

Un día me dirigía de Ngoc Tcháp á Bau No y me detuve en Hung Hoa, para visitar la ambulancia. A orillas del río quedóse el catequista con encargo de cuidar los caballos. Pasé el río y vi dos hombres, de aspecto sospechoso, que miraban con excesivo cariño mis zapatos y el revólver que lucía precisamente *en honor suyo*.

—¿Quién es este *Tay*? (europeo) preguntaron al barquero.

—El P. Bac de *No Luc* (nombre chino oficial de Bau No).

Viendo que mis caballos no pasaban el río aquellos



hombres supusieron muy cueradamente que al anoche-  
cer volvería á Bau No.

Era casi negra noche cuando regresaba. Trotaban tranquilamente nuestros caballos cuando á cierta distancia de Trinhxá oímos á los piratas que lanzaban contra nosotros homéricas amenazas.

—¡Al galope... Padre... estamos perdidos! me dijo el catequista con voz que el miedo hacía insegura.

—No temas, le contesté, están en la orilla opuesta.

—¡Que no, que no! ¡míreles en la barca, y en esta orilla; ya vienen!

Y en efecto, oí el ruido del ramaje y de hombres que avanzaban sigilosamente. ¡Animo, *Coco*; valor; á todo escape!... A los quince minutos bañados de sudor ginetes y caballos entrábamos sanos y salvos en Bau No.

Durante aquella carrera revólver en mano había perdido la funda que le envolvía. ¡No importa! en pleno día un revólver sin funda puede producir hasta un cierto buen efecto moral.

XIV. — SEQUESTRO DEL P. KHANK. — VEINTIOCHO DÍAS DE UN SACERDOTE ENTRE LOS PIRATAS. — HÁBIL CONDUCTA DEL GOBERNADOR.

Aquel año (Febrero de 1890), para cumplir las instrucciones de su ilustrísima, debía pasar unos días de vacación en Son Tay en la residencia, del P. Juan Robert, sucesor del P. Mechet. Apenas había tenido tiempo de escribir dos ó tres cartas para Europa, cuando un correo de Duc Phong me llevó la noticia de que el Padre Khank había caído en manos de los piratas.

Avisé á su ilustrísima telegráficamente y salí para Hung Hoa.

M. B..., que había sucedido á M. N..., me recibió con alegría, pues contaba con mi auxilio para salir del apuro. ¡Aquel mismo día había enviado un parte oficial al gobernador general diciéndole que la paz era absoluta... y á cuatro kilómetros de Hung Hoa, en la carretera y en pleno día, los piratas, emboscados en la pagoda de Bac Trien (*véase el grabado de la pág. 65*), se toman la libertad de secuestrar un sacerdote!

Los piratas, aprovechando el tiempo, habían atado fuertemente al P. Khank, encerrándole al fondo de una barca, y desaparecido á pesar de los esfuerzos de los hombres de Duc Phong. Cuando llegaron los soldados de Hung Hoa no quedaba ni huella de piratas.

M. B... me recibió con singulares muestras de simpatía y afecto, y le estoy agradecido por el servicio que prestó á la Misión.

—Vea V. qué debe hacerse y cuente conmigo.

A los dos ó tres días de mi llegada recibí, sin saber cómo, un billetito del prisionero en el que me pedía el Breviario y decía que le pondrían en libertad mediante la entrega de 2,000 piastras, cuatro winchesters, cuatro revólvers y no sé cuántos centenares de cartuchos.

Al saber que el prisionero aún vivía, aconsejé al gobernador que mandase fijar un bando en el *huyen* de Tam Nong diciendo que si en el plazo de ocho días el P. Khank no estaba en libertad, los pueblos amigos de los piratas serían declarados responsables y en pena de-

berían entregar determinadas cantidades en metálico. Al día siguiente me visitaron todos los ricos; pero se cumplió el plazo... y nada.

M. B..., fiel á la palabra empeñada, el día fijado movilizó las fuerzas, las que salieron en dirección á los pueblos culpables de complicidad, visto lo cual por los piratas recibí un segundo billete en el que el Padre me decía que sería puesto en libertad si el gobernador mandaba retirar las tropas.

Se aceptó negándose el pago de rescate alguno.

A primeros de Marzo una hermosa noche serena, llegó el P. Khank algo más delgado, pero contento de verse libre. Los dos cristianos principales que todas las noches esperaban en el bosque de palmeras saben que la libertad no se obtuvo de balde: los piratas pidieron humildemente cincuenta piastras en pago de los gastos de alimentación y alojamiento del prisionero.

Efecto de este suceso el P. Khank se hizo popular, y logró que muchos piratas depusieran las armas.

Si en aquel entonces los mandarines hubieran sido amigos de la causa francesa la pacificación hubiera podido adelantar un gran paso. Desgraciadamente el *tuán phu*, sucesor de *Dink Van Vinh*, era un viejo zorro que evitaba el peligro vistiéndose de piel de oveja: llamábase Luong Hay Y.

Este mandarín dejó que sus antiguos amigos los rebeldes organizaran con calma y tranquilidad la insurrección. El subprefecto de Tam Nong supo arreglarse de manera que sin peligro siguió las huellas de su jefe superior, y dió empleo á cuantos piratas le ofrecieron dinero.

Así fué, como á pesar de las protestas de los hombres honrados, nombraron alcalde de Hien Quan á un individuo llamado Nguyen-Van-Huy, miembro de las partidas de De-Kien y conocido en toda la región con el nombre pirata de Doi To. El párroco de la Misión indicó al *quan huyen* que era imprudente nombrar alcalde á un pirata. El *quan huyen* hizo caso omiso. En Octubre tuve ocasión de ver al gobernador de Hung Hoa, quien me manifestó que estaba algo disgustado de los habitantes de Hien-Quan.

—No me extraña; el alcalde supuesto, dije al gobernador, es partidario de los piratas... es un pirata, es Doi To.

El gobernador, que había firmado el nombramiento de Nguyen Van Huy, creía que me equivocaba, y debí probarle que éste y Doi To eran una misma persona.

M. B..., furioso al verse engañado, apostrofó al subprefecto y aprisionó y procesó á Doi To... El proceso avanzaba despacio, muy despacio. M. B... abandonó la provincia de Hung Hoa, y el proceso seguía; y me dió testimonio de sus simpatías al despedirme con las siguientes palabras:

—Temo que este proceso redunde en perjuicio de V., querido Padre.

Y bien lo comprendía que el *quan huyen* de Tam Nong y el intérprete, quienes había recibido mucho dinero para salvar á Doi To, se esforzarían en jugarme una mala partida si el sucesor de M. B... resultaba enemigo ó poco amigo de misioneros y cristianos.

(Se continuará).



## UN CELOSO MISIONERO SABIO EMINENTE Y GRAN PATRIOTA

BIOGRAFÍA DEL P. AGUSTÍN M.<sup>a</sup> DE CASTRO, AGUSTINO

(Continuación)

De la *Historia del Convento de Manila* podemos hablar, gracias á la amabilidad del P. Eduardo Navarro, maestro de novicios en el Colegio de Valladolid, y diligente colector de libros y papeles relativos á Filipinas; el cual ha puesto á nuestra disposición una copia que de dicha obra posee, sacada por su propia mano del ejemplar existente en el archivo de San Agustín de Manila.

El epígrafe es el siguiente: *Historia del insigne Convento de San Pablo de Manila, Orden de nuestro Padre San Agustín*, escrita por Fr. Agustín María de Castro, de la misma Orden, natural de la villa de La Bañeza, y bibliotecario de dicho convento. Año de 1770.

A la Santísima Virgen María de Gracia, patrona de todo el orden Eremitico-Agustiniano.

Consta la obra de nueve capítulos, cuyos encabezamientos transcribimos para que el lector se forme una ligera idea del contenido:

«Capítulo 1.º De su antigüedad, fábrica, situación y conveniencias.

«Cap. 2.º De sus rentas, caudales y fondos; personas ilustres.

«Cap. 3.º De la iglesia que tiene este Convento, de su fábrica, dimensiones y terreno.

«Cap. 4.º De las capillas y retablos; sus dueños y bienhechores.

«Cap. 5.º De sus reliquias, imágenes y metales preciosos.

«Cap. 6.º De las sepulturas y cadáveres.

«Cap. 7.º De otras grandezas de este Convento; con las pérdidas, desgracias y desdichas que ha padecido este Convento y provincia.

«Cap. 8.º En que prosigue la misma relación.

«Cap. 9.º De otros trabajos que le vinieron á este Convento con el nuevo Visitador.»

Juzgamos inútil extendernos en más pormenores acerca de esta obra, puesto que ya en el decurso de nuestro estudio hemos intercalado algunos pasajes que pueden ser muestra de su estilo.

Y no pudiendo tampoco por la circunstancia arriba expresada, decir cosa alguna de las restantes producciones del P. Castro, hacemos aquí punto final en nuestro trabajo acerca del insigne misionero y eminente patriota.

Séanos, pues, permitido terminar este ligero ensayo aplicando á nuestro Religioso las palabras con que el eminente filipinólogo Sr. Retana termina la biografía de otro agustino ilustre, el P. Martínez de Zúñiga:

«Yo veo en él, dice, la cifra humanizada del espíritu de las Comunidades religiosas; pocos como él personifican mejor el verdadero significado de la palabra *fraternal*. Estos á su vez resumen en su historia la historia toda de aquella tierra (Filipinas): «De poco habrían servido (dice el insigne Comyn) el valor y la constancia con «que vencieron á estos naturales Legaspi y sus dignos

«compañeros, si no hubiera acudido á consolidar la empresa el celo apostólico de los misioneros;» redujeron á los indios á poblado (1); enseñáronles á construir sus

(1) Los Agustinos solos han fundado en Filipinas 369 pueblos, y tenían últimamente en formación 43 más, que progresaban de una manera rapidísima. Los individuos que después de los primeros misioneros han trabajado con más fruto en la reducción de los indígenas han sido, entre otros muchos, el P. Alejandro Cacho (1723), quien á fuerza de sacrificios sin cuento logró formar cuatro pueblos con los salvajes de la provincia que entonces se llamaba la Pampanga Alta, á los cuales administró por espacio de cuarenta años con el celo de un verdadero apóstol. «Y porque era curiosísimo naturalista, y fuera de esto la misma necesidad le estimulaba, por no haber más médicos ni medicinas que las que Dios puso en la botica de aquellos montes y la experiencia enseñó á aquellos sus bárbaros habitantes, no sólo se dedicó á examinar las virtudes de muchas hierbas, raíces, árboles y minerales, sino que compuso un tratadito é índice de excelentes medicinas que allí se crían, con el modo de usar de ellas en diversas enfermedades, para que no sólo los Religiosos que allí estuviesen se socorriesen en sus dolencias, sino que también socorriesen con ellas á aquellos miserables é ignorantes, siendo á un mismo tiempo médicos de alma y cuerpo. (Véase la obra del P. Mozo ya citada, pág. 54).»

Émulo del P. Cacho en las virtudes, y sucesor suyo en el apostolado y en la reducción de los infieles de la misma comarca, fué el P. José González quien, durante los catorce años que por aquellos parajes anduvo misionando, fundó, en la que entonces se llamaba provincia de Ituy, dieciocho pueblos con sus iglesias y otros varios en la provincia de Paniquí. Y no contento con alumbrar á aquellos infelices con la antorcha de la fe, les proveyó de ganados é instrumentos para cultivar la tierra, les enseñó el modo de arar, sembrar y regar donde el terreno lo permitía, con lo que en pocos años lograron buenas cosechas y se aficionaron á las ventajas de la sociedad, los que antes habían vivido en sierras y montes como salvajes. (V. *Sermón pronunciado en la inauguración del Colegio de Padres Agustinos de La Vid*, por el P. Joaquín de Jesús Álvarez. Valladolid, 1866. Notas, págs. 67 y 68).

Bien conocidos son también en la historia de Filipinas los Padres José Herice (1720), primer misionero de los Adanes y los Apayaos, Jacinto Rivera, Nicolás Fabro y Manuel Madariaga, continuadores de la obra del primero, y fundadores de la provincia del Abra, en lo más inaccesible de las montañas del Norte de Luzón; empresa en la que colaboró más adelante con gran éxito el P. Bernardo Lazo, de quien escribía en 1830 el P. Villacorta: «No es posible describir en este corto escrito los muchos trabajos que ha padecido este celoso misionero en beneficio de sus nuevos hijos, ni pintar con vivos colores su celo y eficacia en proporcionarles los alivios de la vida social; mas pueden inferirse uno y otro de la necesidad en que se ha visto de enseñarles á desmontar el terreno, á labrar la tierra, á proporcionarles instrumentos y semillas, á fabricar habitaciones, en una palabra, á dejar de ser brutos para ser hombres. El mismo los lleva al bosque, les hace cortar una porción de árboles, conducirlos al sitio inmediato á su habitación, y les enseña á hacer una casa que sirva de modelo á todas las demás que han de fabricar, para no vivir como hasta entonces á la inclemencia, y escogiendo sitio acomodado y provisto de aguas próximas, comienza á formar un nuevo pueblo.»

Y más adelante, después de referir que «á fines del año 1827 ya no había infiel alguno en las rancherías de Sideg, Danguisen, Calavag, Cabúrao, Pidigan y Magpala, ni en las de Calasugan, Maycauayan, Dalapidag, Dildili y Manzapacan,» y que «además había catecúmenos en Talamey, Lanquider, Cauayan, Pangal, Ababon, Caopasan, Danglas, Agcarlon, Cagdan, Malaylay, Manobo, Patoc y Anay, cuyas rancherías se hallaban gobernadas por cinco alcaldes nombrados para la dirección y manejo de todos;» añade el mismo P. Villacorta: «Al mismo tiempo que el Padre misionero atendía al gobierno espiritual de sus nuevos hijos, no descuidaba lo temporal; así es que emprendió el desmonte de una vasta extensión de terreno, la fábrica de dos presas para proporcionar riego á las sementeras, y la de una iglesia de piedra, cuyas obras concluyó felizmente con el auxilio de una limosna dada por el superior Gobierno de las islas, de otra que le remitió la provincia de Agustinos Calzados, y las de varias personas particulares, con las que puso también como unas veinte leguas de terreno en disposición de poderse caminar muy á gusto por él, siéndole para todo ello necesario fabricar él mismo los ladrillos y otros materiales, y los hornos para cocerlos y hacer la cal. (V. *Breve resumen de los principios de la Religión católica en la admirable conversión de los indios Igorrotes y Tinguianes de la isla de Luzón, una de las principales llamadas Filipinas*).»

En la reducción de los mundos y montescos visayas se distin-



casas (1); diéronles nociones de agricultura; les ofrecieron semillas en Filipinas desconocidas (2)...

guieron especialmente los PP. Medina, Sánchez, Sigüenza y Méndrida; y por fin tampoco son para olvidados los nombres de los PP. Zúñiga, Alvarez, Salazar y Villegín, el primero de los cuales fundó tres pueblos con los salvajes de Bugasón, otros dos el Padre Francisco Alvarez, cuatro el P. Salazar con los de Zambales, y otros cuatro el P. Vellojín con los de Mangle.

Hemos citado estos nombres porque son los que más suenan en la historia; por lo demás, los colaboradores en esta obra magna de reducir los indios á poblado han sido tantos cuantos son los que han ejercido en aquellas islas el ministerio apostólico.

(1) Acerca del impulso dado por los Religiosos á las construcciones arquitectónicas y á la urbanización en Filipinas, podría escribirse una obra muy voluminosa y de gran interés. Con respecto á los Agustinos decía ya en 1804 el gobernador general D. Rafael María Aguilar á S. M. el Rey: «Los pueblos que están á cargo de estos Religiosos... estoy bien cierto que son de los mejores que hay en estas islas por su industria, por sus fatigas y por sus tareas apostólicas. La abundancia y prosperidad de que gozan estos pueblos se debe únicamente á los mismos Religiosos, con la particular circunstancia de que cuantas obras dispusieron en ellos, nada han costado al erario de S. M. ni á las cajas de comunidad de los mismos pueblos, y... es bien sabido y notorio que prodigan cuanto tienen á su arbitrio para dedicarlo á sus iglesias, á los indigentes y al bien público, que son el único objeto de sus primeras atenciones. Los Curas Religiosos de la provincia de Iloilo hacen unas obras muy especiales en sus iglesias y casas parroquiales, como también en beneficio común á los pueblos, lo mismo que los de Bulacán é Ilocos, quedando á deberles las iglesias muchas cantidades, que ascienden á una suma de la mayor consideración, sin que la Provincia de esta Religión tenga esperanza alguna de reintegración.»

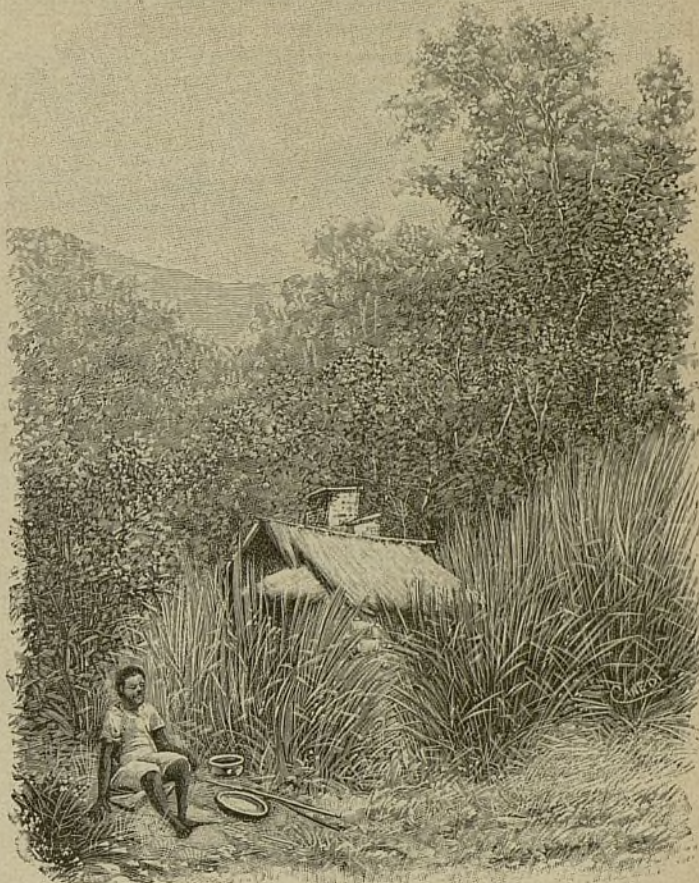
Esto, que persona de tan elevado carácter escribía ya á principios del siglo XIX, honra sobremanera á nuestros Religiosos. Pero cuando se han levantado templos más monumentales y se han llevado á cabo mayor número de construcciones de todo género, ha sido durante el siglo pasado, y principalmente en la segunda mitad. Entre las iglesias recientemente construidas sobresalen por su mérito y grandiosidad la de Otón en Iloilo, comenzada por el P. Demetrio Cobos, continuada por el P. Joaquín Fernández y terminada é inaugurada en 1890 por el P. Nicolás Gallo; las de Dueñas, Pavia y Dumangas en la misma provincia, edificadas respectivamente por los PP. Nicolás Gallo, Antonio Fermentino y Fernando Llorente; las de Angeles y San Fernando en la Pampanga, por los PP. Merino é Ibeas la primera, y la segunda por el P. Redondo; las de los pueblos de Taal y Batangas en la provincia que lleva el nombre de este último, debidas al celo de los PP. Agapito Aparicio y Bruno Laredo, y las del Pardo y Carear en Cebú, levantadas aquélla por el P. Manuel Ibeas y ésta por el P. Antonio Manglano.

Por sus esfuerzos en la urbanización de sus pueblos, y por la transformación beneficiosa que en el caserío y trazado de las calles han obrado, merecen ocupar una página en la historia de Filipinas los nombres de los PP. Paulino Díaz y Carlos Valdés, párrocos que han sido de Sara (Panay) y de Cabanatuan (Nueva Écija) respectivamente. El P. Manuel Camañes ha dotado también al pueblo de Guagua (Pampanga) de un hermoso pozo artesiano, construido en la plaza principal, y la traída de aguas á la ciudad de Manila debe mucho al P. José Corujedo, que fué quien dió al general Moriones todos los pormenores acerca del paradero de los fondos que para este objeto debían existir. No nos extendemos más sobre estos puntos, por no alargar demasiado esta nota. La demostración externa de la influencia ejercida por nuestros Religiosos en la arquitectura y urbanización de Filipinas, será el objeto de una obra, que sabemos está preparando un docto amigo nuestro.

(2) Los productos agrícolas que mayor riqueza han producido en Filipinas, han debido su introducción ó por lo menos su desarrollo é incremento á los Religiosos. Los Agustinos dieron gran impulso á la producción y al beneficio del azúcar «acomodándose, dice el P. Zúñiga, al uso de la Nueva España, de donde han traído el método de beneficiar en los trapiches ó ingenios de aquel reino. (V. *Estadismo de las islas Filipinas*. Tomo I.º, página 10).»

«También la siembra del abacá la han introducido los misioneros, y esta provincia (de Albay) es la más fecunda en producirlo. (V. *Apuntes interesantes sobre las islas Filipinas, por un español de larga experiencia en el país y amante del progreso*. Madrid, 1870, pág. 87)»

«El cacao fué introducido en Visayas por el P. Juan Dávila, je-



TONKIN.—PAGODA DE BAC TRIEN.—Reproducción de fotografía por el P. Girod. (Pág. 63)

## POR EL MUNDO

ROMA.—Las fiestas del XXV aniversario del Pontificado de Su Santidad León XIII, se inauguraron en Roma cantándose en la iglesia de San Pedro solemnísimo *Te Deum* y oficiando S. E. el Cardenal Rampolla, asistido de veinticuatro Cardenales, cuarenta Arzobispos y Obispos, y el personal de nobles en la antecámara pontifical, vestidos con trajes de ceremonia.

Desde el año de 1870, la noble antecámara no había tomado parte en ceremonia análoga.

A ella asistieron además trescientos representantes de

suita, y uno de los primeros propagadores de dicho árbol fué el insigne botánico agustiniano P. Ignacio Mercado. (V. *Flora de Filipinas, por el P. Fr. Manuel Blanco, agustino calzado, adicionada con el manuscrito inédito del P. Fr. Ignacio Mercado, las obras del P. Fr. Antonio Llanos, y de un apéndice con todas las nuevas investigaciones botánicas referentes al Archipiélago filipino. Gran edición hecha á expensas de la Provincia de Agustinos Calzados de Filipinas, bajo la dirección científica del P. Fr. Andrés Naves*. Manila, 1878 Tom. 2.º, págs. 401-402)»

El café si bien existía ya en las islas, ignoraban los indígenas su virtud y excelencia, hasta que los Religiosos les enseñaron á explotar aquella fuente de riqueza. Merece consignarse aquí lo que acerca del cultivo del café en Lipa (Batangas), escribe el Sr. Retana: «A principios, dice, de este siglo (XIX), el curapárroco del pueblo, agustino, excitó á sus feligreses pudientes á que plantasen cafetos; hicieronlo algunos, otros no; y el gobernador-cillo, entusiasta en grado sumo de su párroco, tomó tan á pechos lo que aconsejaba éste, que no hallando mejor medio de persuadir á los holgazanes, deslomábalos á palos, con la agravante de hacerles pasear por el pueblo con un cartelón á la espalda, y en el cual, con letras como puños, leíanse frases afrentosas para el



las Asociaciones católicas de Roma con cirios encendidos, los Institutos religiosos y una muchedumbre, según cálculos, de veinte mil personas.

A la salida notóse que el Santo Padre estaba en una de las ventanas de su departamento, desde donde presencié el desfile de la muchedumbre, que respetuosa saludó al Soberano Pontífice agitando sombreros y pañuelos.

No ocurrió incidente alguno. La salud del Santo Padre es excelente, y ha recibido despachos de felicitación y homenaje de toda la cristiandad.

ALEMANIA.—Con motivo del Jubileo pontificio de Su Santidad León XIII, publica la *Gaceta de la Alemania del Norte* el suelto que á continuación traducimos; su carácter oficioso salta á la vista:

«Comprendemos perfectamente los sentimientos de veneración que nuestros conciudadanos católicos experimentan en los comienzos de este año jubilar. El pontificado de León XIII es uno de los más brillantes de la historia de la Iglesia. León XIII ha llegado á ser la verdadera encarnación de la idea histórica del Pontificado.

«Al lado de esta idea existe otra: la del Imperio alemán, en la cual no va incluida la idea del imperio del mundo, en el sentido que la representaba el santo imperio romano germánico de otro tiempo; pero sí la de un pueblo alemán libre, grande y poderoso.

«El Papa y el Emperador alemán han llegado á establecer entre ellos verdaderas relaciones de soberano á soberano, según las reglas de la cortesía internacional.

«El Papa debe los éxitos más gloriosos de su largo pon-

que lo llevaba. De entonces arranca la prosperidad de Lipa. Decayó algo, sin embargo, á los pocos años; pero el celo de otro agustino, párroco también del mismo pueblo, logró que las plantaciones se hiciesen en grande escala, y el resultado fué que en 1886 se exportaron de Lipa unos 70.000 picos, si no más, á 30 duros, próximamente, cada pico. (V. *Estadismo...* Tom. 2.º Apéndice, págs. 451-52).» El párroco de que habla últimamente el señor Retana era el P. Benito Varas, refiriéndose al cual, á raíz de su muerte, decía el *Diario de Manila*: «Construyó los magníficos conventos, iglesias y cementerios de Lipa, y trabajó mucho para aclimatar el café en Batangas, enseñando su cultivo á los lipenses. Urbanizó la población y fabricó varias carreteras y puentes, entre ellos uno en el barranco que dividía al pueblo en dos, terraplenando aquél y haciendo una atajada que nivelara el terreno. El P. Varas, añadía, es digno de ser recordado con gratitud por la provincia de Batangas, á la que produjo grandes beneficios con su iniciativa y esfuerzo. (V. *La Ciudad de Dios*).»

También el añil se daba espontáneamente en el país, sin que conociesen los indios sus aplicaciones. El P. Matías Octavio, agustino, comenzó á cultivarlo en Tambolong, lo plantó después en Malinta, y de esta hacienda se propagó luego tan extensamente, que ha llegado á constituir el principal artículo de exportación y de riqueza para varias provincias. La primera remesa de añil que se recibió en España, fué la que mandó el espresado misionero P. Octavio el año de 1784. (V. *Diccionario Geográfico-estadístico-histórico de las islas Filipinas*, por los PP. Buceta y Bravo. Tom. 1.º, págs. 195-96).»

El trigo, el maíz, la patata, la calabaza, el pepino, la cebolla, los tomates y otras hortalizas debieron igualmente su introducción á los Religiosos. Acerca de la patata, leemos en el artículo que al P. Juan Alonso dedica en su *Galera de asturianos ilustrados* el P. Fabián Rodríguez, lo siguiente: «A su celo y gusto le debe Dalaguete (Cebú) su esbelta y elegante torre, la magnífica casa parroquial y parte del cementerio, todos ellos trabajos acabados de mampostería, y Sibonga la arrogante y hermosa iglesia que levantó desde los cimientos y dejó acabada hasta el cierre de los arcos de las ventanas, desde donde la continuó su sucesor el M. R. P. Fr. Enrique Magez, hermano suyo de hábito.

«Es tenido como el primer propagador en el pueblo de Dalaguete del estimado tubérculo, alimento el más buscado hoy aquí por los europeos, la patata, de que fué el primer implantador en el país el P. Fr. Victor Gonzalez, párroco de Boljoón y compañero suyo en el ministerio. Pláceme hacerlo así constar en honor de estos dos Religiosos agustinos, como un curioso dato sobre el particular.»

tificado á la sabiduría con que ha establecido relaciones con Alemania. El apoyo que ha encontrado en los Hohenzollerns emperadores ha contribuido á aumentar su prestigio y autoridad en el mundo entero.

«El Emperador experimenta hacia Su Santidad sentimientos de vivísima simpatía, muy superiores á los que la cortesía impone á los soberanos reinantes en sus relaciones.

«Una embajada especial presentará al Papa los homenajes y las felicitaciones del Emperador.»

FRANCIA.—Sucedido edificante muy propio para vencer al lector de la *caridad heroica* y del respeto que á la tan llevada y traída *libertad* tienen los que en la vecina República expulsan á las Ordenes religiosas.

Leemos en la *Semaine Catholique* de Luzón:

«Se nos dice que en una pequeña ciudad de la Vendée se presentó hace poco en el establecimiento de beneficencia una pobre mujer, á fin de recoger el pan que solían darle.

«—Usted ha sacado á su hijo de la escuela laica; ¿no llevará V. pan! le respondió brutalmente el encargado de la beneficencia comunal.

«La pobre mujer salió de allí llena de tristeza. Después de haber reflexionado, volvió al poco tiempo:

«—Caballero, dijo al encargado, aún tengo á mi hijo en la escuela laica; deme V. pan ó le retiro de ella.

«Se le dió el pan de costumbre.

«¿Qué mejor comentario sobre la odiosidad de ese *chantage* que la simple exposición del hecho?»

AMÉRICA DEL SUR.—*Congreso Pan-Americano*.—Una de las grandes dificultades con que en la América latina tropieza todo lo que es adelanto y progreso, son las continuas guerras civiles. Cuanto sea trabajar en pro de la paz, es, pues, trabajar en pro de los grandes adelantos, del progreso moral y material de aquellos pueblos.

Por eso es altamente simpático el discurso pronunciado en la sesión de clausura del citado Congreso *Pan-Americano*, celebrada el 30 del próximo pasado Enero por el ministro de Relaciones exteriores de Méjico, Sr. Mariscal, y del cual reproducimos á continuación algunos párrafos de indiscutible importancia. Helos aquí:

«Mucha é importante ha sido vuestra labor, pero entre todos los puntos resueltos, sin duda alguno es el de mayor trascendencia para las naciones americanas la cuestión del arbitraje obligatorio, cuyo principio tan brillantemente sostuvieron los delegados de la República Argentina y los de la del Perú.

«Por todo, y principalmente por el punto que acabo de tocar, merecéis las congratulaciones, no ya solamente del Gobierno de Méjico, sino de todos aquellos países y hombres que son amantes del progreso y defensores del principio de moralidad y de justicia, pues habéis dado un gran paso y puesto en práctica el gran principio de arbitraje, principio excelso de solución pacífica y racional para todas las controversias internacionales, á fin de hacer menos frecuente el bárbaro recurso de la fuerza que, desgraciadamente, aun se halla acreditado para dirimir conflictos y diferencias entre naciones.

«Uno de los peores efectos de este criterio y opiniones extraviadas, es la necesidad indeclinable que crea á las naciones y Estados amantes de la paz y de la justicia, que vense arrastradas á prepararse en la paz para la guerra, para defender derechos que se juzgan sagrados é indiscutibles, y repeler la fuerza por la fuerza.

«Diez de vuestras delegaciones pusieron de acuerdo y firmaron el tratado de arbitraje obligatorio, con excep-



ciones semejantes á las que figuraron en el convenio firmado en Wáshington y malogrado en 1890.

«Hoy podemos esperar con algún fundamento que no correrá el actual la misma suerte.

«Habéis consentido también unánimemente en reconocer principios proclamados por el Congreso de La Haya, y dispuestos á prestar vuestra adhesión á sus convenciones, á fin de conseguir la admisión en el convenio y autorizar á los Gobiernos de los Estados Unidos y de Méjico, que se cuentan entre sus signatarios, para iniciar la negociación que dicho asunto exige.

«Por ese medio todas nuestras hermanas de América lograrán, entre otras ventajas, contar de modo seguro con un tribunal establecido en la capital de los Países Bajos, siempre que deseen someter á su juicio las controversias que puedan originarse.

«En esto habéis seguido la prudente y sabia indicación del Gobierno de Wáshington.»

De las informaciones conocidas se deduce afortunadamente que sobre los reparos y los distinguos de los opositores del arbitraje obligatorio, ha quedado victoriosamente ondeando en los aires el blanco pendón de los que quieren ver á la América latina una por la mancomunidad de ideas y sentimientos.

PERSIA.—Habiendo establecido el Gobierno persa un hospital para sus nacionales en Constantinopla, y deseando encargar de él á las Hermanas francesas de la Caridad, no ha podido conseguirlo por falta de personal. En su vista la embajada persa hizo su petición á las Hermanas de Austria, donde aquélla fué atendida.

AUSTRALIA.—De Melbourne, capital de la colonia australiana Victoria, anuncian que por orden expresa de las Autoridades, en la aduana de todos los puertos de dicha colonia se queman, á su llegada, todos los libros de que es autor el pornográfico escritor francés Emilio Zola, y que han sido declarados *inmorales* por la corte de justicia de la ciudad citada.

He ahí un alto ejemplo de «higienización» moral é intelectual, que recomendamos á los que en nuestro país tienen la misión delicadísima, á la vez que hermosa, de velar por la cultura y buenas costumbres del pueblo.

## EXPERIENCIAS DE UN MISIONERO

El P. Esteban se paseaba inquieto de un lado á otro de su comedor. Estaba de muy mal humor.

—Sí, decía suspirando, ¡qué *repugnante* espectáculo! un corazón humano descubierto.

—Eso estaría muy bien dicho por un poeta, le contestó el P. Enrique, misionero que debía dentro de poco predicar una Misión en la iglesia del P. Esteban. Con el debido respeto á Mr. Young, yo no convengo con él enteramente. Debía sin duda estar en la misma condición que V. cuando escribió sus «Nocturnos» (Night Thoughts). Para mí el corazón humano es el libro más interesante, aunque no siempre muy edificante que digamos. Vamos, P. Esteban, ánimo, que no están las cosas tan malas como parece.

—Yo no veo cómo pudieran estar peor, replicó el P. Esteban, con un vivo movimiento de cabeza. Estos

católicos de aquí son la gente más ignorante, indiférente, ingrata y dura de corazón que hay en la tierra.

—Usted debería escribir sus «Nocturnos,» observó con picardía el P. Enrique, ó por decir mejor, sus sueños, porque no son más que sueños.

—Deje V. que le cite un ejemplo ó dos del catolicismo de esta gente. El domingo pasado, durante la Misa, cuando me volví para decir *Ite Missa est*, vi á una señora que acababa de entrar. Después de Misa vino á la sacristía á decirme que había oído Misa aquel domingo en acción de gracias por un favor temporal recibido últimamente. ¿No es eso ignorancia crasa?

—Ya, pero en ese caso es *vencible*.

—No lo niego, pero temo que no lo sean su indiferencia y descuido. Escuche V. Hace dos semanas debía haber tenido lugar la primera Comunión. Estuve enseñando la Doctrina cristiana cada día por cinco meses: empecé con dieciséis, nueve niños y siete niñas. A los dos meses, solamente quedaban nueve, y al cabo de los cinco meses ya no había más que dos niños y cuatro niñas. Los otros habían sido retirados por sus diligentes y amantes padres, porque eran muy niños todavía, ó muy pobres, muy crecidos, ó muy aristocráticos para juntarse con algunos de sus compañeros. Sin embargo, yo estaba resuelto á hacer de aquel día un día memorable y feliz para los seis que me habían quedado. Compré flores y otras cosas para el altar, y pasé la noche anterior poniendo la iglesia lo mejor que pude. La mañana de aquel día tan ansiosamente esperado amaneció hermosa y radiante; en fin, un día ideal para una primera Comunión. Pues bien, ¿creerá V. que de los seis solamente tres, un niño y dos niñas, se presentaron?

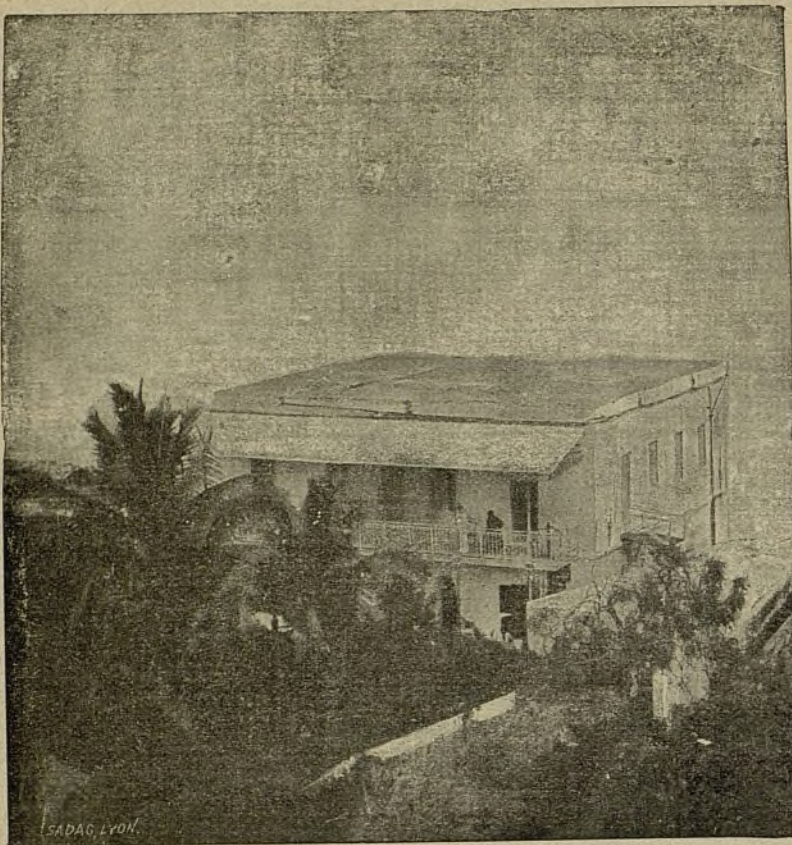
—Precioso para animar á uno, lo confieso, dijo el P. Enrique.

—Pues todavía no he acabado. Una de las niñas dijo que su madre no quería que hiciese su primera Comunión ese día, porque no podía estrenar sus botines nuevos, que eran demasiado grandes. El niño dijo que su tía le había forzado á beber un poco de agua aquella mañana para cortar el hipo. Ahora, P. Esteban, ¿puede V. culparme por entretener pensamientos de desaliento? ¿Ha encontrado V. nunca en sus excursiones y faenas de misionero ejemplos de ignorancia, indiferencia é ingratitud semejantes? Vamos, si esto es para ponerse loco. Algunas veces me pongo á pensar seriamente en retirarme á alguna ermita en las desiertas soledades del Monte Blanco. Todo parece que se ha vuelto contra mí.

—Usted me hace recordar una buena vieja negra (sin comparaciones, por supuesto), que se me vino llorando una vez para decirme que «aquel mes el Sagrado Corazón se le había vuelto enemigo.» Pero dejando la chanza á un lado, tengo que convenir en que las cosas están aquí en el peor estado posible. Pero no por eso debe V. desanimarse. Acuérdesse que esta es una feligresía nueva, y el señor Obispo se la ha confiado á V. porque V. es joven y celoso. Algunos de estos pobrecillos no habían visto un sacerdote por muchos años antes que V. llegara aquí. Ya sabe V. que Roma no se fundó en un día.

—Y nunca se hubiera fundado si mientras unos edi-





CHINA.—RESIDENCIA DE RELIGIOSAS Y COLEGIO DE NIÑAS CATÓLICAS

ficaban otros destruían, replicó el P. Esteban. Ahora bien, este es precisamente el caso aquí. No solamente son indiferentes estos católicos, sino que la mayoría de ellos están positivamente trabajando contra mí. ¡Qué! ¡si estoy seguro que pegarían fuego á la iglesia mañana, si pudieran hacerlo impunemente!

—Serán unos verdaderos anarquistas, dijo el P. Enrique sonriendo.

—¿Anarquistas? Peor que eso, Padre: son católicos *apaístas*. Algunos de ellos han llegado hasta á esparcir el necio rumor de que, en las últimas elecciones municipales, yo me había opuesto al nombramiento de uno de los candidatos para alcalde, porque, según ellos, yo aspiraba al oficio. En una palabra, Religión y curas son cosas inútiles para ellos. Yo no he dejado piedra por mover para hacerles bien; pero bondad, quejas y amenazas es todo uno para ellos.

—Pues bien, P. Esteban, yo me alegro saber todo esto. Aquí sí que hay buen campo para una Misión. Si V. promete establecer el *Apostolado* al fin de los Ejercicios, yo estoy seguro que producirán frutos abundantes.

—Con toda mi alma lo prometo. Y lo que es más, hoy mismo escribiré á Nueva York por una estatua del Sagrado Corazón, para que llegue á tiempo para el fin de la Misión.

—Perfectamente: ya no me cabe duda del buen éxito de la Misión. Ahora tengo que salir á visitar algunos de sus peores feligreses. ¿Quiénes son?

—Los peores son cuatro hermanos, Garland de nombre. Uno es alcalde, otro médico, el tercero tiene la cantina *popular*, y el cuarto es un rico labrador.

—¡Um! gente de importancia, por lo que veo.

—Desgraciadamente, sí. Su conversión significaría la reforma de todo el pueblo. Pero tengo pocas esperanzas.

—El resultado depende de Dios. Él puede arreglarlo todo cuando le plazca y por los medios que quiera.

—Media hora después, decía el P. Enrique empezando la conmovedora relación que sigue, di una devota imagen á un niño de la familia Garland, un muchacho muy vivo, de ocho años. La madre me vió y me hizo una reverencia excepcionalmente graciosa. Luego me convidó á pasar al recibidor para que viera á sus demás hijos. Por supuesto yo dije que eran unos ángeles. Mientras les estaba repartiendo estampas y medallas, ¿quién se presenta al cuarto sino el mismo señor alcalde? A la vista de mi alzacuello, se caló su gran sombrero hasta los ojos, y recibió mis «buenos días» con muy mala gracia. Hasta dijo entre dientes que yo era un entrometido y que merecía un castigo mi sacerdotal desvergüenza. Así las cosas, el muchacho á quien había dado la primera estampa, corre á mis brazos y me dice: «Señor, ¿no le va V. á dar una estampa á mi papá también?» Yo me sonreí, y acariciándole dije: «¡Qué niños tan hermosos y tan listos tiene V.!» Mi caricia al niño y la cortesía al padre hicieron lo que ningún argumento hubiera hecho, por razonable y concluyente que fuese. Su señoría me ofreció una silla, y pronto empezamos á hablar de política. Después de un rato la conversación pasó *naturalmente* á cosas de Religión. El Sr. Garland confesó que él no iba á la iglesia, porque él y el señor Cura no se hablaban. El había sabido de muy buena fuente que el P. Esteban le había hecho oposición para el oficio de alcalde.

—Yo no creo que el P. Esteban haya hecho tal cosa, repliqué; y si lo hubiese hecho, yo sería el primero en condenarlo. Pues ¡qué ocurrencia, Sr. Garland! ¡Un hombre de sus cualidades de V. contentarse con la alcaldía de este lugarcito! V. debería estar, cuando menos, en el Senado del Estado.

Había dado en el blanco. Antes de irme, S. S. prometió acudir á la Misión, por darme gusto, por supuesto.

—Señor alcalde, yo espero que la dificultad que existe entre V. y el P. Esteban desaparecerá bien pronto.

—Cuenta V. con ello, Padre.

El día siguiente la divina Providencia me envió una ligera indisposición que me proporcionó la oportunidad de visitar al Sr. Dr. Garland en su capacidad oficial. De sus preguntas y de las direcciones higiénicas que me dió, pronto saqué que el individuo era un discípulo entusiasta de Hahnemann. Yo le hablé de la homeopatía como el mejor sistema de medicina. Me detuve sobre la ley *similia similibus curantur*, y le probé cómo nosotros sacerdotes nos servimos frecuentemente de esa ley para curar males espirituales. También le dije que el doctor es hermano del sacerdote, y que ambos deberían trabajar de consuno.



—Pues á mí me parece que si V. fuera fuera nuestro cura, yo no tendría ninguna dificultad en trabajar con V., porque, vamos, V. me gusta. Pero el P. Esteban... pues... no sé.

—¿Qué tiene V. contra él? le pregunté.

—Pues qué sé yo. Verdad es que nunca le he hablado; pero con todo no me gusta su apariencia.

—¿Sabe V., señor doctor, que V. me sorprende? ¡Que un hombre como V. diga semejante cosa! Yo creía que los de su profesión de V. eran incapaces de abrigar tales preocupaciones.

—Bien; V. entiende que esta no es exactamente preocupación; pero por otra parte, ya ve V., vamos, usted entiende que si yo tratara con el P. Esteban, entonces claro está, yo...

—Debería ir á la iglesia y practicar su Religión, añadí yo sonriéndome. Ahora, mi querido doctor, ¿quiere V. hacerme un favor?

—¿Qué sería...?

—Que V. asistiera á la Misión que voy á dar aquí. Usted entiende que su presencia durante los Ejercicios daría buen tono á la Misión.

Después de vacilar un poco, me prometió estar presente al primer sermón de la tarde.

Esa misma tarde hice una visita al Sr. Garland el agricultor. Después de algunas observaciones halagüeñas acerca de su hacienda y de su huerta, tuve muy poca dificultad en persuadirle me diera su palabra de asistir á la Misión.

El último del cuarteto, el Sr. Juan Adams Garland, el de la cantina, no fué tan manejable como sus hermanos. Mis primeros pasos para trabar conversación con él resultaron enteramente fútiles. Con una profunda reverencia me puso á la puerta de su establecimiento, diciendo que aquel no era lugar para curas. Sin darme por vencido, aquella misma tarde volví á la cantina. El Sr. Garland estaba detrás del mostrador, é hizo como que no me había visto entrar. Acercándome á un anciano que estaba bebiendo una taza de café, le hablé en los términos más encarecidos (y en voz alta también) de la espléndida y atractiva apariencia del *Café Garland*. Al oír esto el dueño, se viene hacia mí y me da las buenas tardes.

—Me alegro mucho de verle á V., Sr. Garland, le dije dándole la mano. De veras que nunca he visto tan hermosa cantina en mi vida (yo nunca había entrado en una). Todo aquí parece ser de lo más elegante. Y luego ¡qué colección tan escogida de periódicos!

—Regular: yo procuro hacer lo que es justo, V. me entiende.

—Desde que le vi, conocí luego que V. era un hombre de bien.

—A propósito, cuando V. entró esta mañana yo...

—Ni una palabra más, Sr. Garland. Yo soy un extranjero, y tal vez mi manera de...

—No, no es precisamente eso; pero, ya ve V..., yo.

—Entiendo perfectamente, Sr. Garland. Ahora por supuesto puedo contar con su presencia durante la Misión.

—Me parece que sí; creo que iré á oírle.

El último de los Garlands se había rendido. Yo salí de la cantina con el pensamiento que había hecho algo

para la mayor gloria de Dios, por lo cual tengo que dar gracias al Sagrado Corazón. Había encomendado á su especial protección mi difícil tarea.

Los cuatro Garlands cumplieron honradamente su palabra, asistiendo á todos los ejercicios de la Misión.

El último día de ésta estaba dedicado al Sagrado Corazón, y yo quería que dejase un recuerdo indeleble. Con este objeto pedí al P. Esteban que arreglase el altar del deífico Corazón lo mejor que pudiese.

La vigilia del memorable día, después de mi instrucción de la mañana, dirigí las siguientes palabras á los oyentes: «Bien veis, amigos míos, que nosotros nos proponemos cerrar la Misión con la mayor pompa y solemnidad que podamos. Como el día está consagrado al Divino Corazón, hemos podido, gracias á vuestra generosidad, hermostrar el altar de una manera digna de la fiesta. Tenemos abundancia de flores, jarrones y velas. Queda una cosa, sin embargo, que yo desearía mucho tener, esto es, guirnaldas (*Garlands*). Estas harían descollar admirablemente el altar.

Aquella misma tarde llegaron á la iglesia cuatro hermosas, frescas y verdes guirnaldas, enviadas por J. A. G. Esq.

La mañana siguiente tuve el consuelo de dar la Sagrada Comunión á los cuatro hermanos Garlands. Dos días después fuí convidado á tomar parte en una reunión de familia. Hacia el fin de la comida apenas pude contener las lágrimas cuando los cuatro hermanos se levantaron, y con el vaso en la mano brindaron á la salud de su elocuente, celoso y generoso misionero.

Lleno de las más dulces emociones, me levanté y dije con voz temblorosa: «Mis queridos amigos: cuando el penúltimo día de la más feliz Misión que he dado, yo dije á mis oyentes que deseaba tener guirnaldas (*Garlands*) para decorar el barandal del altar, no me refería puramente á hojas y ramas verdes, sino que aludía á cuatro nobles corazones que había recomendado cada día á la misericordia del Sagrado Corazón y que deseaba ver al pie del altar. Y si hoy soy su huésped en su festivo convite, tal es porque hace dos días ustedes fueron los huéspedes de Dios en el banquete celestial. Permítanme, pues, amigos de mi alma, proponer á mi vez un brindis que quede en la memoria embalsamándola siempre con su perfume. Aquí bebo á la salud y prosperidad de las más hermosas guirnaldas que jamás he visto. ¡Dios las conserve frescas y fragantes por muchos años!»

Algunos años después recibí una carta del P. Esteban en que me decía que el *Apostolado de la Oración* prosperaba admirablemente. «Sus Guirnaldas, añadía, son mis más celosos y entusiastas colaboradores.»

A. C. PORTA, S. J.

(Del *Messenger* de Nueva York).

## SUBSCRIPCIÓN

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE  
Para las Misiones más necesitadas

Un seminarista, de Barcelona. . . . .	1	ptas.
J. J., de ídem. . . . .	3	»
Vicente Sanz Bremón, de Valencia. . . . .	2'75	»
Andrés Die Pescetto, de Orihuela. . . . .	12	»



Enrique Sienkiewicz

AUTOR DEL QUO VADIS?



# ¡SIGÁMOSLE!

Con aprobación de la Autoridad eclesiástica



## III

### EN EL DIDASCALEO

**E**RA al anochecer, y después de animada discusión sobre la transmigración de las almas, Timón y Cinna, solos en la espaciosa galería, contemplaban el espléndido paisaje, la inmensidad del mar. Aula magnífica que bien podía llamarse suntuoso Didascaleo.

El joven romano, estrechando entre sus manos las del viejo Timón, le confesó cuál era el sufrimiento que más turbaba su existencia, qué motivos le habían impulsado á buscar la amistad de los sabios y de los filósofos del Serapeum.

—Al menos me ha cabido la fortuna de conocerte, maestro, añadió al terminar su explicación, y sé que pues tú no puedes descifrar el enigma de la vida, no hay en el mundo quien sea capaz de tamaña empresa.

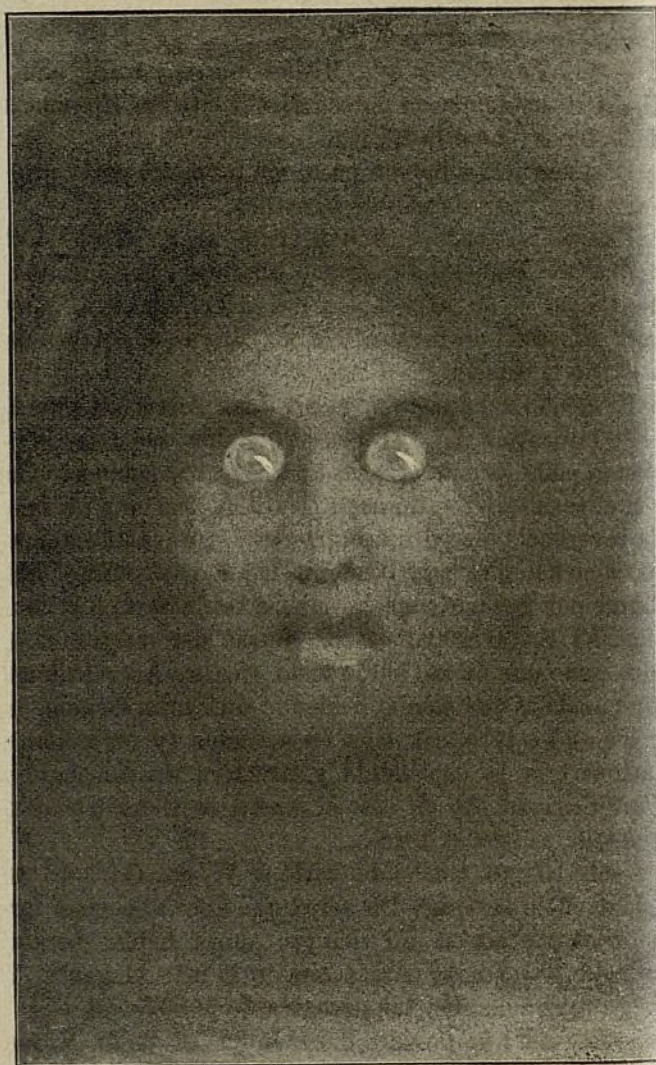
Fijos los ojos en el mar que reflejaba, como terso espejo, la blanca luz de la luna nueva, Timón callaba...

Hasta que interrumpiendo el largo silencio preguntó:

—¿Viste, Cinna, durante el invierno caer sobre la ciudad las bandadas de pájaros venidos de las nieblas del Norte? ¿Sabes, hijo mío, qué buscan estas aves en Egipto?

—Calor y luz, maestro...

—Sí, y también las almas humanas buscan el calor del amor y la luz de la verdad. El pájaro sabe donde hallará lo que anhela; el alma, la pobre alma humana, vuela al azar, inquieta, triste, ignorando á donde va.



Y la faz cadavérica clavaba en Anthea sus ojos  
vidriosos

—Es verdad, maestro; y mi alma se desespera buscando el camino.

—En otros tiempos, la fe en los dioses regalaba la envidiada calma; hoy la fe se ha extinguido como el aceite de una lámpara. Por un momento creyóse que la filosofía ha-



ría nacer en las almas el sol de la verdad: vana esperanza! Vinieron los escépticos y fundaron su doctrina sobre las ruinas de la extinta Academia de Atenas: y soñaban gozar la paz y de ellos se enseñoreó la inquietud... Porque renunciar á la luz de la verdad y al calor del amor es dejar al alma sumida en las tinieblas, en la inquietud... ¡Y en tanto los hombres ciegamente, á tientas, extendidas las manos, ardiente la cabeza, buscamos en vano una solución!...

—¿De manera que no diste con ella?

—La busqué... sin resultado. Tú confíaste hallarla en los placeres, yo en el pensamiento. Ambos vagábamos en las tinieblas, y sólo tinieblas nos rodean. Sabe, pues, que no eres el único que sufres, sabe que en ti sufre y se lamenta el alma del mundo... ¿Hace muchos años que no crees en los dioses?...

—En Roma aún les honran públicamente, y aceptan otros nuevos traídos de Egipto y del Asia; pero sólo los campesinos que á la luz del alba llegan de vecinas granjas ó villorrios, pueden aún creer sinceramente...

—Y ellos son los únicos que gozan la calma.

—¿Cómo la gozan cuantos en Alejandría se postran ante ovejas y gatos?

—Sí, como la gozan cuantos, semejantes á las bestias, sólo ambicionan comer y dormir.

.....

—Pero ¿crees que ese vivir vale la pena?

—¿Y la muerte? ¿sabemos qué nos reserva la muerte?

—Entonces ¿qué diferencia hay entre tú y los escépticos?

—¿Los escépticos?... Escépticos son aquellos que gustosos aceptan, ó fingen aceptar las tinieblas y la ignorancia; pero á mí, al contrario, esas tinieblas y esa ignorancia me martirizan.

—¿Y no esperas salvación?

Timón calló un instante; luego lentamente, cual titubeando, dijo:

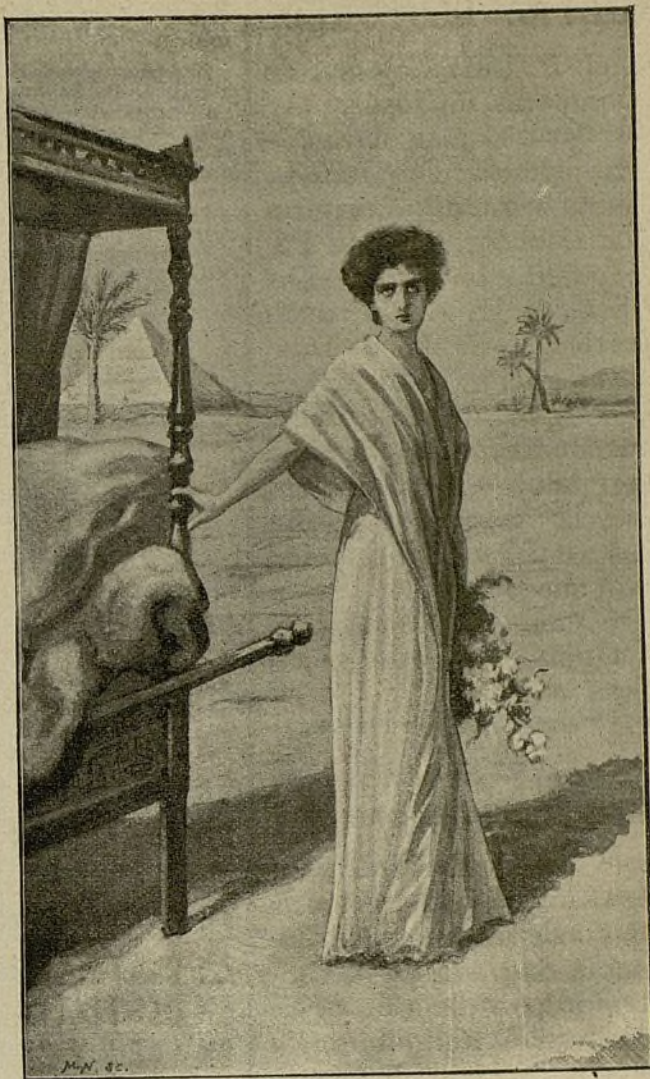
—La espero...

—¿De dónde?

—No lo sé... aún no lo sé.

Y apoyando la cabeza en la palma de la mano, cual si ejerciera en él misterioso influjo el silencio que reinaba en la galería, añadió en voz muy baja:

—¡Cosa extraña! me parece que si el mun-



La palidez del lotos rosado fué aumentando hasta trocarse en lotos blanco... blanco como la faz de un cadáver.

do no fuese más que lo que vemos, que si nosotros no pudiésemos ser más que lo que somos, no nos atormentara esa inquietud que nos tortura... En la misma enfermedad veo el remedio y espero la curación. Ha muerto cuanto daba vida al alma. ¡Muertas las antiguas creencias! ¡Muerta la filosofía!... La vida ha de venir de algo nuevo, de una verdad desconocida...

.....

Esta conversación infundió nuevo vigor al alma de Cinna. Sabía que no era él el único que sufría, que todo el mundo estaba enfermo.

Y experimentaba una sensación cual de libertad, como si hubieran descargado de sus espaldas un peso inmenso para repartirlo entre millares de espaldas.



## OBRAS NUEVAS NUEVAS LECTURAS

por el P. Luis Coloma, de la Compañía de Jesús:

**Contiene:** Cartas claras.—Carta primera: Dos Juanes.—Carta segunda: A un gran señor titulado.—Ratón Pérez (cuento infantil).—Las borlitas de Mina (narración histórica).—Fablas de Dueñas (narración histórica).—La Virgen de la Palma (Fragmento de un libro no terminado).—El salón azul (historia maravillosa).—La Cuesta del Cochino (relación de un sucedido).

Un tomo de 198 páginas á 1'50 ptas. en rústica, y á 2 ptas. en tela.

### CURSO

#### ELEMENTAL DE APOLOGÉTICA CONTEMPORÁNEA

por el Dr. D. Emilio A. Villegas, Pbro., catedrático de dicha asignatura y de Elocuencia Sagrada en la Universidad pontificia de Compostela y de Religión en la Escuela Normal de maestros.—Un tomo en 4.º 3'50 pesetas en rústica, y 4'50 en tela. Por correo, 50 cénts. más.

#### SERMONES DE SEMANA SANTA

del Dr. D. Luis Calpena y Avila, Magistral de la Real Capilla y Capellán Mayor de San Francisco el Grande.—Un tomo en 4.º, 5 ptas. en rústica. Por correo certificado, 50 céntimos más.

#### LOS MORISCOS ESPAÑOLES Y SU EXPULSIÓN

Estudio histórico crítico, por don Pascual Boronat y Barrachina, Pbro., con un prólogo del Excmo. Sr. don D. Manuel Danvila y Collado.—Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, prolongado de más de 750 páginas cada uno, 15 ptas. en rústica. Edición especial, 25 ptas. Por correo certificado, 1 pta. más.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

## DE LAS TENTACIONES EN COMUN Y DE LOS PECADOS

por el M. R. P. José Coll, exdefinador general franciscano. Para dar mejor idea de la importancia del presente libro publicamos á continuación la primera parte del índice:

Importancia de la Sagrada Escritura.—Artículo I. De la preparación del hombre en las tentaciones.—ART. II. Mundo, demonio y carne.—ART. III. De las reglas principales para resistir al diablo.—ART. IV. De los auxilios divinos para no pecar.—ART. V. De los que desechan los auxilios divinos y del libre albedrío.—ART. VI. De la vigilia y oración para no caer en las tentaciones.—ART. VII. De la invocación de Dios en las tentaciones.—ART. VIII. Del recurso á Dios en las tentaciones. Y del temor santo.—ART. IX. En las tentaciones hemos de recurrir á Jesucristo, á la Santísima Virgen, á los Angeles y á los Santos.—ART. X. Jesucristo consintió en ser tentado en su adorable persona.—ART. XI. Tentaciones dia-

bólicas.—ART. XII.—Más tentaciones de los diablos.—ART. XIII.—La tentación es una prueba.—ART. XIV. Tentaciones de imprudencia, malicia ó ignorancia.—ART. XV. De la libertad que tenemos para vencer las tentaciones con el auxilio de Dios.—ART. XVI. De la guarda de los sentidos para vencer las tentaciones.—ART. XVII. De la perturbación mala en las tentaciones.—ART. XVIII. De las ocasiones de pecar. De las malas compañías y huir los peligros.—ART. XIX. De la fe y la esperanza, y sobre todo de la humildad para vencer las tentaciones.—ART. XX. Las tentaciones de un novicio.—ART. XXI. La propia confianza es destructora de la virtud y puerta abierta á las tentaciones.

Véndese á 1'50 ptas. en tela.

## SEMANAS SANTAS.

**EN LATIN.** Edición de Tornai, de la Sociedad de San Juan Evangelista, con todas las rúbricas, para sacerdotes, á 7'50 ptas. en chagrín y corte dorado. Por correo, 7'75.

**EN LATIN,** de Malinas, para sacerdotes, con rúbricas, letra grande, en tela, 7'50 ptas., y 9'50 en chagrín. Por correo, 50 cénts. más.

**EN LATIN.** Edición de Ratisbona con todas las rúbricas, para sacerdotes, 9'50 ptas. Por correo, 10.

**EN LATIN.** En piel, 2 ptas. Por correo, 2'40.

**EN CASTELLANO,** por D. José María Quadrado.—Un tomo en piel, 2 ptas., en piel y cortes dorados, 4, y 5 en chagrín y cortes dorados. Por correo, 40 céntimos más.—Edición en letra gruesa, forma prolongada, 2'50 ptas. en piel; 5 en tafilete corte dorado, y 6'50 en chagrín.

**EN CASTELLANO.** Semana mayor.—Un tomo en piel, 4'50 ptas. Por correo, 4'60.

**EN CASTELLANO,** por D. J. Sayol, letra gruesa.—Un tomo en piel, 3'25, y 4'50 en tafilete. Por correo, 25 cénts. más.

**EN CASTELLANO,** á 4'75 ptas. en piel y corte dorado. Por correo, 40 cénts. más.

**EN LATIN Y CASTELLANO,** por D. José María Quadrado.—En piel, 3 ptas., 5'50 en piel y cortes dorados, y 7 en chagrín y cortes dorados. Por correo, 15 cénts. más.

**EN LATIN Y CASTELLANO,** por D. N.—En piel, 2'50 ptas. Por correo, 2'65.

**EN LATIN Y CASTELLANO,** á 4'25 ptas. en tela. Por correo, 4'35.

**EN LATIN Y CASTELLANO,** por D. Vicente J. Bastús.—Un tomo, 2'50 ptas. en piel. Por correo, 2'60.

Véndense en esta Administración.

## Estampas de San José.

Se han puesto en venta cuatro nuevas estampitas del glorioso Patriarca San José, propias para repartir en las funciones religiosas de su próximo mes de Marzo.

Estas estampitas vienen á aumentar la colección del tamaño 14×8 centímetros, y forma igual á las del Sagrado Corazón de Jesús, ó sea cuatro páginas papel mate superior y orladas con filete dorado. Cada una contiene una imagen del Santo diferente á cual más artística y más devota y una oración también distinta en la tercera página de cada una de las mismas, las cuales son como siguen:

Oración á San José por la Iglesia.—Oración á San José por el Papa.—Oración á San José por la familia cristiana.—Oración á San José por los pobres, por los enfermos y por los moribundos.

Estas estampitas se venden al precio de **3 ptas.** ciento, y **25** el millar.

En paquete certificado, 25 cénts. más.

Se remiten muestras de todas las estampitas publicadas hasta la fecha á quien las solicite.

**Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.**

## COLECCIONES COMPLETAS DE LAS MISIONES CATOLICAS

Constan de nueve tomos (los que contienen un total de más de 1,350 grabados), los cuales, por su amena, instructiva y variadísima lectura, deberían figurar en la biblioteca de todo hogar cristiano y en la de todo sacerdote amante de conocer los progresos del Catolicismo. Se venden á los señores subscriptores al ínfimo precio de **70 PESETAS.**

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona